

PUBLICACIONES

DEL

MUSEO DE ETNOLOGIA Y ANTROPOLOGIA

DE CHILE

SUMARIO

Págs.

DR. AURELIANO OYARZÚN.	Memoria presentada al señor Ministro de Instrucción Pública por el Director del Museo de Etнологía y Antropología	1
MARTIN GUSINDE.	Cuarta Expedición a la Tierra del Fuego.	7
PROF. CARLOS S. REED.	Descripción de insignias líticas chilenas.	69
DR. AURELIANO OYARZÚN.	La Piedra Santa de Retricura.	137
RODOLFO LENZ.	Estudio sobre los indios de Chile.	147
M. TERESA URBINA VENEGAS	"Malloa" (Historia, leyenda, costumbres, organización actual de una aldea de nuestros días).	161

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

MONEDA, 1170

—
1924

Cuarta Expedición a la Tierra del Fuego

Informe del Jefe de Sección

Señor Director:

Es para mí un deber muy grato informar a Ud. acerca de la expedición a la Patagonia y a la Tierra del Fuego que me tocó realizar en el curso del año pasado. Con el fin de continuar mis estudios y observaciones iniciados ya en esas regiones lejanas, hace cinco años, se dignó Ud. encargarme hacer nuevamente un viaje a la patria de las tribus fueguinas, recomendándome poner término definitivo, en cuanto fuera posible, a las investigaciones etnológicas, somatológicas y lingüísticas comenzadas en las tres expediciones anteriores.

La solicitud presentada, con este fin, al Departamento respectivo del Supremo Gobierno, encontró una acogida muy favorable de parte del señor Ministro de Instrucción Pública, entonces don Róbinson Paredes, quien, con fecha 18 de Diciembre de 1922, se dignó extender el decreto N.º 4503, cuyo tenor es el siguiente:

“Vistos estos antecedentes, decreto: Comisionese al Jefe de Sección del Museo de Etnología i Antropología, don Martín Gusinde, para que, por el término de seis meses i sin derecho a mayor remuneración, se traslade a la Patagonia i Tierra del Fuego a fin de que continúe sus estudios etnológicos sobre los habitantes primitivos de esas regiones.

—Tómese razón y comuníquese.—*Alessandri.*— *Róbinson Parédes*".

En atención a las enormes dificultades que presenta una expedición científica en regiones tan inhospitalarias, patria de tribus indígenas, en parte muy recelosas y por tal motivo casi inaccesibles, y, en vista del programa vasto y delicado que me tocó realizar, el señor Ministro de Instrucción Pública, entonces don Alcibíades Roldán, por decreto Núm. 4396, del 23 de Octubre de 1923, tuvo a bien prorrogarme, por el resto del año 1923, la comisión que se me había conferido anteriormente.

Obrando en mi poder las autorizaciones debidas, me trasladé, sin demora alguna, a Punta Arenas, donde tuve que dedicar una atención especial a los últimos aprestos para el viaje a los indios Yaganes y Onas, a los cuales me parecía conveniente visitarlos primero; y es sabido que una expedición de antemano bien preparada y organizada, no vuelve nunca sin un buen resultado, aunque sea mediano. Diez días después de mi llegada a esa ciudad austral, se me ofreció una oportunidad muy favorable para seguir viaje hasta Ushuaia, a orillas del Canal de Beagle; y encontrándome ya una vez en medio de la patria de los Yaganes, en una semana más logré trasladarme a Puerto Mejillones, en la región Norte de la Isla Navarino, lugar de reunión favorito de esos indígenas y donde yo, en años anteriores, había tenido ocasión de entrar en relación amistosa con ellos y asistir aquí mismo a las ceremonias secretas iniciales, llamadas "*chie-jáus*" y al "*kina*", que son juegos reservados a los hombres únicamente.

No hay para qué recordar las múltiples dificultades que deben vencerse para encontrar siquiera a los últimos sobrevivientes de esta tribu esparcidos sobre tantos y tantos canales del llamado archipiélago del Cabo de Hornos; pues, cada familia hace sus viajes y vive en independencia casi

absoluta de las demás; no menos complicado es el problema de conseguir que esos indígenas se reúnan en un lugar determinado y que permanezcan ahí durante el tiempo que el investigador requiere en cumplimiento de su misión delicada. Por suerte, no pasaron más de dos semanas cuando ya se habían reunido unos 50 Yaganes en Puerto Mejillones; y debo dejar constancia de que acudieron voluntariamente a mi llamado; éramos ya amigos desde ántes. Unicamente se negaron a mi pedido unos seis individuos de las islas Wollaston, por estar obligados con ciertos pescadores europeos a trabajar en la caza de nutrias, a modo de esclavos.

El objetivo principal de esta visita a los Yaganes era el de asistir al funcionamiento de lo que podría llamarse—SIT VENIA VERBO—“escuela de los hechiceros o colegio de los médicos indígenas”, en el idioma de ellos “*lóima-yékamush*”, porque el desarrollo de la enseñanza de los nuevos iniciados en el arte médico no puede dejar de revelarnos secretos valiosísimos de la psicología étnica e individual de aquellos fueguinos.

De paso, quisiera anotar aquí que esos hechiceros o médicos, llamados “*yékamush*”, gozan de cierta influencia sobre los demás indios, aunque no en grado tan alto, como sus colegas, los “*jon*” entre los Onas, o los “*machi*” entre los Mapuches. Sin embargo, según la suposición de los Yaganes, el médico, en tiempo de hambre general, puede hacer venir a la playa una ballena, enjambre tupidos de peces, etc., para aliviar la situación económica de la gente; cuando sigue la lluvia y se desencadenan tempestades, él hace favorable el mal tiempo; cuando una persona se ha disgustado con otra, y quiere vengarse, acude al médico para que éste ejerza su influencia sobre el espíritu vital del enemigo, a fin de que se enferme o muera. El médico puede, asimismo, mediante sus sueños, profetizar accidentes o sucesos futu-

ros, la próxima muerte de una persona, el cambio del tiempo y todo lo que puede ser de interés general; pues, no sólo se le consulta en caso de una enfermedad, sino también en cualquier otra circunstancia que afecte directa o indirectamente al individuo o al grupo entero de los indígenas.

De ahí el gran interés por establecer, si toda la actividad del médico es puramente un engaño en el que vive él mismo y mantiene a los demás, o si en realidad posee facultades que le habiliten para el desempeño de sus múltiples y variadas funciones profesionales.

La única posibilidad de comprender la psicología del médico yagan y de analizar todo lo que con ella se relaciona, era estudiando el aprendizaje de los nuevos candidatos y examinando muy de cerca la naturaleza de su sistema y de su práctica.

Por referencias anteriores había logrado conocer ya algunas particularidades de la instrucción que se da a los aspirantes a médico; pero ni la más detallada descripción suple las ventajas de una observación directa, tratándose de un capítulo tan delicado como es todo lo que directamente se relaciona con procesos psicológicos. Y abusando, por decirlo así, de la absoluta y completa confianza que me había conquistado anteriormente ya entre estos indígenas, insistí en que se reunan para poder observar el funcionamiento de la escuela médica yagan. A merced de muchos regalos y empeños personales de mi parte, y gracias a varias otras circunstancias favorables para mí, nos juntamos, finalmente, en un rancho de forma cónica, expresamente construido y reservado casi exclusivamente para los hombres; mis amables Yaganes querían acceder a mis deseos. Se eligió al anciano más experimentado en esa profesión, quien debería presidir todas las ceremonias, y a quien, desde aquel momento, quedaron todos sometidos. Y juzgando por los aprestos, ví ya realizadas mis más ardientes esperanzas y aspi-

raciones; pues, poquísimos serán los europeos que hayan logrado asistir alguna vez a reuniones de esta índole propias también a muchos otros indígenas.

A pesar de que no es este el lugar para detallar todos los pormenores de una institución tan singular y a la vez particular a nuestros Yáganés, séame permitido referir únicamente que esa institución dura de cuatro a seis meses, conforme a la disposición de los que en ella toman parte. Alrededor de los viejos maestros, experimentados ya, uno más, el otro menos, en el arte médico, o de la brujería, se reúnen los aspirantes jóvenes, que generalmente han pasado ya los 25 años de edad. Cada uno recibe su lugar bien determinado dentro de ese rancho; y desde el momento del comienzo de esta instrucción, ningún neófito vuelve a juntarse con su familia, a no ser al término de su aprendizaje; a pesar de que este último no deja de ser por sí mismo en alto grado molesto y lleno de sacrificios personales.

En posición muy incómoda, las piernas cruzadas, los brazos colgando hacia abajo como si estuvieran tiesos, el cuerpo rígido y apoyando la cabeza contra la pared del rancho, los ojos fijamente clavados en las llamas que del centro del fogón se elevan, así los viejos doctores entonan canciones, cada cual según una melodía individual, y siguen cantando hasta autosugestionarse. Los jóvenes, guardando la misma posición incómoda, deben acompañarles en los cantos y procurar imitarles con perfección, para llegar, finalmente, al mismo estado de inconciencia, que sus maestros.

Empiezan el canto después de las 3 de la tarde, y siguen hasta la misma hora de la madrugada, empeñándose en llegar a perfeccionarse más y más en la sugestión individual. En esas horas, nadie puede comer ni beber. El candidato sólo recibe una pequeña ración de alimento diariamente, y se le permite dormir unas cuatro o cinco horas, no más; porque, mientras menos come y menos duerme, más hábil

resulta en su nueva profesión de médico. El mismo régimen siguen también, los experimentados ancianos; y todos los días se repiten las mismas prácticas.

En estas duras condiciones deben seguir los jóvenes durante unas ocho semanas, hasta que logran pasar al estado de inconciencia con mucha facilidad. Empiezan, entonces, a cantar por sí solos, automáticamente, y como si estuvieran fuera de sí. Creen que el inspirador de ese canto es el espíritu de un médico ya fallecido, espíritu que se une al nuevo candidato, al que ofrece sus conocimientos y su poder, de manera, que desde luego empiezan ambos a trabajar juntos, formando algo como una sola persona. Pero le restan al nuevo médico aprender todavía un sinnúmero de prácticas y ejercicios que le habiliten para el desempeño de su especialidad dentro de sus múltiples ocupaciones y obligaciones de facultativo.

Al terminarse el colegio sólo después de algunos meses, quedan reconocidos como legítimos doctores los que han obtenido el éxito requerido para el aprendizaje; luego comienzan los demás a dirigirse a él, para consultarle en sus penas; y uno, más hábil que los otros compañeros, se conquista luego la confianza y la admiración de toda la tribu.

Este modo de preparar a los candidatos, tal como lo referimos, sería lo que podría llamarse: "vocación ordinaria", para la profesión de *yékamush*. Pero se conoce también algo así como una vocación "extraordinaria", que es la más frecuente. Esta la recibe el Yagan que, por ejemplo, anda por el monte, se sienta a descansar y quedándose dormido, ve en sueños a muchos espíritus de animalitos que le rodean y empiezan a bailar y a cantar; ve también como uno de ellos se le acerca con mucha amabilidad, se le presenta como un amigo sumamente afable, le inspira un canto individual y le ofrece su ayuda o protección, etc. Un indio que despierta de un sueño tan agradable, cuenta en seguida a los suyos

esta visión; y por este solo hecho queda reconocido como buen *yékamush*, sin necesidad de pasar por la escuela ya descrita; eso sí, desde ahora sigue al lado de un viejo experimentado perfeccionándose en sus funciones de profesional. Y como ésta, hay muchas otras "vocaciones extraordinarias".

En cuanto al modo cómo el médico procede en caso de enfermedad,—para mencionar, a lo menos, esto también,—debe anotarse, que éste se empeña por convencer al enfermo que la dolencia proviene del mal causado por un enemigo, el cual le había disparado una flecha invisible; por lo tanto es preciso hacer salir el dardo que está localizado en la parte dolorida, lo que procura conseguir por medio de cantos y de succiones en la superficie de la piel del enfermo; pero logra su objeto sólo cuando él es un doctor más poderoso que aquel que había lanzado la flecha invisible.

En atención a que, por muchas poderosas razones, debemos calificar a nuestros Yaganes como un pueblo de cultura elemental o arcaica, siguiendo la clasificación establecida por el método histórico-cultural de la escuela más moderna de la etnología actual, cabe observar aquí, que esa institución de los *yékamush* es propia de una cultura más moderna—hablamos como etnólogos;— los Yaganes la han tomado de los Onas.

Intimamente relacionado con la institución de los doctores está la fiesta secreta llamada "*kina*"; pues, sólo ellos son los más influyentes y principales actores de estas ceremonias. Recientemente pude comprobar que así como la institución de los médicos también la del "*kina*" ha sido transmitido de los Onas a los Yaganes.

El año anterior había logrado ya asistir a esas festividades que se reservan escrupulosamente para los varones; debido a esta circunstancia favorable tuve sobrada oportunidad de conocer a fondo al carácter y los detalles de un elemento de cultura yagan que de un modo muy intenso

ha influenciado la mentalidad e idiosincrasia de ese pueblo;—todo lo cual, hasta la fecha, había quedado completamente inadvertido de parte de aquellos hombres de ciencia y de los misioneros que habían dedicado su atención a nuestros Yaganes.

Este año se me ofreció la oportunidad de ampliar y profundizar las observaciones anteriormente recogidas acerca del "*kina*", y no me parece demás, anotar, a continuación, lo más esencial de esa ceremonia.

En épocas determinadas y en un lugar bien retirado, construyen un espacioso rancho de forma cónica, donde solamente los hombres se reúnen, para renovar estas prácticas, con las que se persigue el atemorizar a las mujeres y mantenerlas bajo su dominio. La mitología cuenta que en un tiempo muy remoto, las mujeres gobernaban y practicaban los mismos juegos y apariciones de espíritus para tener subyugados a los hombres. Un día, el Sol, que era un cazador excelente en aquel entonces, descubrió este engaño; avisó de ello a los hombres en seguida, quienes conspiraron luego contra las mujeres, matándolas a todas, a excepción de las niñas muy pequeñas. Desde esa época, los hombres se apoderaron de estas ceremonias, vigilando muy de cerca, a fin de que las mujeres no vuelvan jamás a quitarles el poder y el gobierno.

En el rancho del "*kina*", los hombres se pintan todo el cuerpo de diferentes maneras y se colocan varias clases de máscaras. Luego abandonan el rancho bailando, haciéndoles creer a las mujeres, que son "espíritus" que salen del interior de la tierra o descienden del cielo, para castigar a las mujeres desobedientes y flojas: éstas creen en el engaño, aquellos gozan satisfechos del éxito obtenido.

Todas estas ceremonias, importantísimas para determinar la verdadera psicología de esta gente eran, hasta ahora, completamente desconocidas, como también un buen nú-

mero de mitos que pude reunir con ocasión de esos juegos secretos.

Para poder presenciarlos, es condición imprescindible inspirar al indio una confianza absoluta, sin cuyo requisito el explorador nada alcanzará. Factor principal en mis métodos de investigación ha sido siempre el de conquistarme previamente toda la confianza del indígena. Así pude asistir a los dos colegios secretos que ellos tienen, a saber: "*chiejáus*", o iniciación de los púberes de ambos sexos, y "*kina*", ceremonia reservada sólo a los hombres.

Por último, conseguí tomar varias fotografías de esos "espíritus", y gravar en cilindros de fonógrafo más de 20 cantos, entonados por los Yaganes durante esas reuniones.

En resumen, las observaciones practicadas durante las festividades del "*kina*", no nos dejan duda alguna acerca de su carácter y de su objetivo, y de que ellas están en oposición contradictoria con las reuniones del "*chiejáus*".

Poco después de haber terminado la escuela de los hechiceros, falleció una anciana que estaba enferma desde hacía tiempo. Después de la sepultación de sus restos, los indios se reunieron en la choza del marido de la difunta para efectuar la ceremonia fúnebre acostumbrada. Se colocan alrededor del fuego, y con la cara pintada de distintas maneras, los hombres llevando un palo largo y las mujeres un remo, cada uno desahoga su tristeza por medio de cantos y frases cortas.

El tema principal de estos cantos y divagaciones es el reproche a "*VATAUINEWA*", el Dios de ellos, por haber mandado la muerte a una persona que—como lo dicen en su pesar—nada había hecho por merecerla, sumiendo así a la tribu entera en tanta tristeza.

En esta misma ocasión, cada uno recuerda, a su turno, a alguno de sus parientes que murieron en años anteriores, causándoles este recuerdo intensa aflicción. Pero se dan cuen-

ta de que cometen una falta contra el respeto al hablar de su Dios en forma de reproche, y le piden perdón en cuanto salen de la reunión. Conviene anotar expresamente que en la mencionada ceremonia, cuando se dirigen a su Dios, usan de términos, palabras y frases muy antiguas, fuera ya de uso.

De lo expuesto puede deducirse ya, que con motivo de las reuniones fúnebres se refleja, con toda claridad y sinceridad, la creencia religiosa de estos indígenas.

Como lo hemos expresado anteriormente ya, a lo menos, por parte, los Yaganes tienen una concepción muy clara y precisa del Ser Supremo, al que llaman "VATAUINEWA", que puede traducirse: "el antiquísimo"; todo su sistema religioso demuestra un monoteísmo bien definido.

A ese Ser Supremo lo respetan con suma veneración porque él domina todo; de él provienen todas las leyes y disposiciones, las buenas costumbres y preceptos que rigen a esos indios; él quiere que todos cumplan sus mandatos y, como lo ve todo, castiga, casi siempre con la muerte muy temprana, a los que no los observan; porque él es muy fuerte y contra él ningún otro poder es capaz. El es un espíritu puro, y no tiene ni tuvo cuerpo; nadie puede verle, a pesar de que él está presente en todas partes; él existía ya mucho antes que los primeros pobladores Yaganes y él no muere jamás. De él son todas las cosas, porque él las ha hecho; sin embargo, permite matar los animales necesarios para el sustento de los hombres.

Tales son, en síntesis, las ideas religiosas de nuestros Yaganes, las que, como se comprende, jamás les han sido comunicadas por misioneros europeos; al contrario, el uso de términos y frases ya muy anticuados que expresan y usan en las ceremonias de luto, son pruebas convincentes por sí solas ya, de que constituyen un patrimonio que poseen desde antaño. Y la buena suerte de haber podido presenciar las ma-

nifestaciones espontáneas del alma de esos indios con motivo de la muerte de uno de ellos, fué también para mí una verdadera revelación de que ese pueblo tiene una creencia religiosa muy viva, y principios religiosos tan perfectos todavía, como no los encontramos en indígenas más modernos o de una cultura más adelantada; y esto, a pesar de la escasa mentalidad de los Yaganes

Antes de esta fecha, ningún otro explorador había logrado descubrir esas ideas religiosas, porque nuestros indígenas las guardan con sumo recelo; y —como lo he dicho ya— sólo el año antepasado, después de vencer enormes dificultades y gracias a las circunstancias especiales que me acompañaron, pude determinar con absoluta seguridad el hecho histórico de las particularidades de ese sistema religioso, que es bien sencillo en su estructura, pero grandioso en sus ideas.

Nótese de paso que en este elemento de cultura, los Yaganes no se diferencian en nada de los otros pueblo de cultura elemental o arcaica; a todos ellos son desconocidos los sacrificios, los ídolos y las representaciones materiales de su Ser Supremo.

He dedicado también este año una atención especial al estudio del idioma de los Yaganes; y adelantando mis observaciones de los viajes anteriores, pude determinar cinco distintos dialectos, cuyas diferencias consisten más en los términos y palabras que en la estructura gramatical; dialectos que pertenecen a otros tantos grupos de Yaganes que no deben haberse mezclado mucho entre sí. Por otra parte, no debe perderse de vista que hoy día el idioma primitivo está muy desvirtuado y con frecuencia se mezclan expresiones inglesas y castellanas al lenguaje corriente.

Llama la atención el hecho, cuya causa aún no he podido precisar del todo, de que el dialecto del Sur, que hablan los habitantes de la costa sur de la Isla Hoste, posee varios

sonidos explosivos o de oclusión de la laringe, que son tan particulares a la lengua Ona.

Hasta la fecha ningún otro explorador había logrado constatar la existencia de esos cinco dialectos: ni hace mención de ellos el pastor anglicano Thomas Bridges, quién, por este motivo, probablemente redactó su diccionario yagan en el dialecto central, hablado por los indios de la región de Ushuaia, donde se había fundado la Misión Inglesa.

No carece de interés el dar a conocer algunos antecedentes relacionados con este diccionario, en manuscrito todavía, compuesto por el nombrado pastor anglicano Thomas Bridges, que ha residido largos años entre estos indios dedicándose a su cristianización.

Estando todavía el Rv. Thomas Bridges al servicio de la SOUTH AMERICAN MISSIONARY SOCIETY, inició la redacción de este importante trabajo y lo terminó el año 1879. Poco después abandonó él esa misión a orillas del canal de Beagle, para dedicarse a atender su gran estancia, mientras tanto adquirida en Puerto Harberton, al Este de Ushuaia. Cuando la expedición científica de la "BELGICA" (1897-1899) regresó de su viaje a las regiones antárticas, la familia Bridges entregó ese manuscrito a M. Frederik Albert Cook, médico y antropólogo que viajaba en dicha nave.

Como parece que ese mismo Frederik Cook empezó a publicar, en Europa, el manuscrito que a él fué confiado, haciéndose pasar como autor del trabajo, los hijos del Rv. Thomas Bridges hicieron suspender la publicación, recuperaron el manuscrito y lo entregaron a una sociedad de filólogos, la cual lo pasó a un compañero mío, el célebre lingüista alemán, Dr. Ferdinand Hestermann, autoridad muy competente en lenguas americanas, para que lo transcribiera y preparara su edición.

Mr. Bridges había empleado caracteres arbitrarios y desconocidos en la lingüística para determinar los sonidos pe-

culiares del alfabeto yagan; hubo que adoptar signos fonéticos, en uso entre los lingüistas. En mis viajes he podido determinar algunos de tales signos, hasta la fecha dudosos todavía.

Así podrá aparecer impreso, próximamente, este diccionario del idioma de los Yaganes, que cumplirá con las exigencias de una obra científica moderna.

Resumiendo los estudios realizados en mis cuatro viajes, no quedará duda alguna de que logramos salvar para la ciencia, no sólo el habla de los indios Yaganes, sino también los ricos tesoros de su cultura material e intelectual; en cilindros de fonógrafo quedará perpetuada su voz; y el abundante material fotográfico recogido nos presentará a la vista a esos pobladores de la región más austral del mundo.

La suerte que cupo a ese pueblo desgraciado, no es por cierto envidiable. Según apreciaciones muy exactas, el pueblo yagan debe haber contado antiguamente con una población de 3.000 a 3.500 habitantes. Dicho número empezó a disminuir sensiblemente con la llegada y radicación del hombre civilizado en esas regiones. Y esta continua disminución se debe, no tanto a la persecución directa, como a la introducción de enfermedades contagiosas, de la alfombrilla, por ejemplo, y al consumo de licores de pésima calidad, traídos por tripulantes de barcos que se dedicaban a la caza. El indio tomó afición al alcohol, originándose con ello muchos desórdenes y la disolución de sus anteriores buenas costumbres. Desde ese momento se hizo harto difícil el trabajo de los misioneros ingleses; sus esfuerzos en favor de los indígenas resultaron estériles en su mayor parte, a causa de los malos ejemplos de muchos de los blancos ahí radicados.

A pesar de algunos esfuerzos de parte de los misioneros, que continuaban ejerciendo su benéfica influencia en los indios infortunados, éstos seguían extinguiéndose rápidamente. Hoy

día, su número no pasa de 70; porque, después de haberme trasladado ya al interior de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, una pequeña embarcación trajo la terrible grippe de Punta Arenas a Ushuaia; se propagó el contagio en el campamento de los indios y la muerte se llevó a cinco personas adultas, entre éstas un anciano que era el mejor conocedor de las costumbres antiguas. Hoy día sería ya imposible emprender una investigación científica en esta tribu; de esto resulta que le ha cabido al Museo de Etnología y Antropología de Santiago alcanzar los resultados satisfactorios a que hemos llegado justamente a la hora undécima.

Pero nos queda todavía que cumplir con las justas aspiraciones y esperanzas que esos indios abrigan, y es que se les permita pasar los últimos días de su existencia en paz y tranquilidad completa.

Impuesto de esta triste situación y del abandono completo de los Yaganes, el Ilmo. Señor Arzobispo de Santiago, don Crescente Errázuriz, en su solicitud de pastor y en su cariño paternal por los últimos sobrevivientes de esa raza, me honró con el encargo especial de hacer este viaje y estudiar los medios adecuados para radicar a los pocos restos que aun quedan del pueblo yagan, en un terreno seguro, para evitar su total extinción.

También el Supremo Gobierno ha participado con interés en esta laudable iniciativa, comisionándome, por su parte, para proponer, de acuerdo con el señor Gobernador de Magallanes, las medidas del caso para mejorar la desgraciada situación de aquellos. He encontrado igualmente decidida y entusiasta ayuda en el Ilmo. Vicario Apostólico de Magallanes, Monseñor Abrahán Aguilera, quien está dispuesto a hacer cualquier sacrificio en el sentido indicado. El señor Gobernador del Territorio también me ha prometido su apoyo decidido.

¡Qué inmensa alegría para esos pobres indios el tener como

propio un pedazo de terreno donde pasar sus últimos días! Aunque se trata sólo de 70 individuos, entre hombres, mujeres y niños, ningún empeño que se haga por ellos será estéril. Quedará perpetuado en la historia, que ni la Iglesia Católica, ni el Gobierno de Chile, bajo cuya soberanía están, han abandonado a los últimos representantes de un pueblo tan ultrajado y tan mal conocido, y que se aproxima ya al ocaso de su existencia.

¡Y qué suerte para ese pueblo: en los últimos días de su vida llegamos a conocerlo en su idiosincrasia y en sus particularidades étnicas! Y a mí ha correspondido la feliz oportunidad de conquistarme su confianza y poderlos observar y estudiar con la amplitud necesaria.

Habían transcurrido ya varias semanas que había tenido la suerte de pasar entre los Yaganes; la vida y los trabajos habían sido bastante penosos para mí; pero todo se soporta cuando se trata de contribuir a la noble ciencia del conocimiento del hombre y de examinar las particularidades étnicas de los más antiguos representantes de la gran familia humana, entre los cuales debemos afiliar seguramente a los Yaganes. Tocó la hora de partida; aquí en Puerto Mejillones, en la costa Norte de la Isla Navarino, me embarqué en un pequeño bote y los indios se aprestaron para trasladarme a la otra ribera del Canal de Beagle. Me despedí de ellos con cierto pesar; pues, nos habíamos entendido bien y nos habíamos ayudado mutuamente, como buenos y sinceros amigos. No puedo, pues, dejar de estampar aquí mis agradecimientos a mis queridos Yaganes, con quienes estuve en íntimo contacto durante muchos meses, llevando la misma vida con ellos. Con sus pequeñas atenciones y su cariñosa hospitalidad, con su buen humor y jovialidad me hicieron amena la larga estada entre ellos; miserable era la comida que me prepararon e incómoda la choza que me ofrecieron, pero lo hicieron de muy buen corazón. En su

favor haré todo lo que está a mi alcance, no los olvidaré jamás.

Habiendo dado término a mis trabajos y al estudio de la tribu fueguina más austral de este Continente, después de una permanencia de dos meses en la Isla Navarino, me detuve algún tiempo en la Costa Norte del Canal de Beagle, donde, en la hospitalaria casa de la familia Lawrence, se me colmó de atenciones, de modo que pude descansar y reparar pronto mi salud y fuerzas, después de tantas molestias y sacrificios pasados entre aquellos indígenas.

En pocos días más terminé los preparativos de mi viaje a los Onas. Al cruzar la Cordillera, a principios de Abril, ya había nieve y escarcha que dificultaban grandemente la penosa marcha; avanzamos lentamente y no sufrimos percance de gravedad. Sólo un día, el caballo de carga resbaló, yendo a caer muchos metros más abajo; sin perder el ánimo, ayudado por un indio yagan que me sirvió de guía, quitamos la carga al caballo para levantarlo sobre la capa lisa de hielo y cargarlo nuevamente; después reanudamos el viaje. Felizmente, nada habían sufrido en este percance, los instrumentos antropológicos, máquinas fotográficas, etc., como pude verlo más tarde.

Como en esa época del año oscurece ya muy temprano en estas regiones australes, ese mismo día no alcanzamos a llegar al campamento de los Onas; hubimos que pasar la noche, envueltos en ponchos, al pie de un roble secular, y al lado de una fogata. Pero al oscurecer del día siguiente llegamos a las chozas que un grupo de varias familias había levantado a orillas del Lago Fagnano. Fuí recibido como un amigo antiguo; pues, ya les era conocido, por haberlos visitado en mis viajes anteriores. Varios hombres,

esperando ser recompensados por mí, ofreciéronme alojamiento en sus ranchos. Pero este punto del alojamiento no carece de importancia para un explorador prudente; siempre es recomendable aceptar la invitación de un anciano que tenga influencia sobre los demás individuos de la tribu; pues, en todas las circunstancias tendrá a ese viejo de su parte y le podrá influenciar según su conveniencia, sin que logren impedirlo mayormente algunos adversarios o individuos caprichosos.

Por estas y otras consideraciones me arreglé con el viejo Ventura Tenenesk, sin duda uno de los más entendidos en la vida y costumbres antiguas de los Onas y Haus, por cuya razón ejerce notable influencia entre los suyos, siendo muy respetado por todos. Y salta a la vista que estas personas son las únicas indicadas para revelarnos e interpretarnos las particularidades de la vida, tradiciones y cultura psíquica de su pueblo. Con el nombrado viejo me construí un rancho al lado del suyo y al uso de esos indios; su sobrino, hombre de unos 35 años, era mi compañero y vivía conmigo. La vieja Kaujía, mujer de Tenenesk, nos preparaba la comida; y pasamos donde ella, cuando tenía preparado el asado. Al escribir estas líneas me llega la triste noticia que ella ha muerto ya de un ataque de gripe, por el mes de Noviembre.

No serán inútiles unas cuantas palabras acerca del modo cómo procedo en mis observaciones y estudios. Muchas veces se me ha dicho: "Qué gusto más anormal el de meterse en el campamento de indios cubiertos de parásitos, pasar días y noches en sus ranchos sucios, contentarse con carne de guanaco a medio asar; sin seguridad alguna para la propia vida, en constante peligro de enfermar y sin recurso de ninguna clase, permaneciendo largos meses al contacto íntimo de los indios y aislado de todo ser civilizado"

Créaseme que yo sé todo esto muy bien, y conozco por

experiencia qué molesta y odiosa es una larga estada en viviendas de indígenas. No ignoro tampoco las muchas privaciones y peligros a que se expone el explorador. Pero si un etnólogo quiere conocer al indígena tal cual es, si pretende determinar con precisión la idiosincrasia de un pueblo, sus particularidades culturales, su estructura sociológica, toda su psicología, entonces se impone como *conditio sine qua non* el entrar en contacto directo con sus individuos.

También yo estoy bien convencido de que es mucho más fácil cruzar, al galope del caballo, en un día esplendoroso de sol, una vasta zona habitada por indígenas; dirigir a uno o dos de ellos algunas preguntas, a las cuales, en el supuesto de que hubieran sido entendidas, el indio contesta a su antojo, engañando muchas veces intencionalmente al "hombre blanco", como él se expresa.

Y este investigador superficial de ocasión, sin hacer correcciones críticas ni comparar las observaciones recogidas a la ligera con la opinión autorizada de otras personas, lleva sus apuntes, tan incompletos e inseguros, para no decir, totalmente falsos, a su escritorio, donde, rodeado de todas las comodidades, redacta un libro, talvez tan voluminoso como inexacto en sus informaciones. Esas escasas observaciones recogidas durante el contacto accidental con algunos indígenas, le son suficientes para su obra; porque el autor posee una fantasía viva que le ayuda a producir en su propio cerebro las particularidades étnicas imaginarias, que él atribuye a ese pueblo como verdad histórica.

Se comprende que no todos los investigadores de ocasión tienen la misma vivacidad imaginativa, ni igual modo de pensar; así se explican las múltiples y variadas opiniones sobre las costumbres e instituciones de una misma raza aborígen.

Repito que sería también para mí mucho más cómodo y fácil, sentarme en el blando sillón de mi escritorio y, ayu-

dado de la fantasía, redactar la monografía de un pueblo primitivo, del cual he divisado desde lejos algunos individuos sin molestarme sensiblemente; en lugar de llevar la vida miserable de un salvaje, en contacto íntimo con el indio, observándolo con criterio y estudiándolo metódicamente.

Pero ese tiempo en que se "fabricaban", de semejante manera, tales y tantas descripciones fantásticas de las costumbres y tradiciones de los primitivos habitantes del globo, en que cada cual, de acuerdo con su sistema filosófico se imaginaba y redactaba el origen de la humanidad y su desarrollo en las centurias pasadas, como asimismo sus diferentes fases de cultura: ese tiempo, en que el diletantismo, siguiendo el arbitrario método evolucionista, dominaba en el campo de nuestra noble ciencia: ese tiempo, digo, ya ha pasado para no volver más.

Hoy en día, como para cualquier otro ramo del saber humano, exigimos del especialista etnólogo una preparación técnica eficiente que le habilite para efectuar sus observaciones y trabajos según el método científico adoptado por la etnología moderna, esto es, el método histórico-cultural, por ser ella una ciencia eminentemente histórica. Y en cuanto se trata en nuestra ciencia de observar y constatar hechos e instituciones reales, pero no de redactar hipótesis y teorías, mucho menos imaginarse o fingir cómo pudo haber sido la idiosincrasia de un pueblo; por lo tanto, el verdadero investigador debe entrar en contacto directo con los indígenas, para cumplir, de este modo, con las exigencias del nuevo método, perfeccionado e introducido en la etnología por eminentes especialistas alemanes, los primeros maestros en este ramo del saber humano. Este método de investigación ha sido ya adoptado por los más célebres etnólogos americanos e ingleses; y lo ha adoptado también nuestro Museo de Etnología y Antropología en Santiago.

Si la etnología es la única ciencia llamada a reconstruirnos, sobre una base real e histórica, todo el desarrollo de la humanidad desde sus primeros comienzos hasta hoy día, y esto en cuanto al perfeccionamiento y retrogreso de la cultura dentro de diferentes pueblos y durante las diversas épocas, como asimismo en cuanto a su propagación sobre todo el globo terrestre, determinando las enormes emigraciones y las mutuas influencias de los pueblos; si la etnología persigue todo esto, empleando el método histórico en su investigación, nuestra ciencia, como salta a la vista, necesita datos seguros y completos, recogidos metódicamente.

Viene al caso un ejemplo; el "*klóketen*", que son ceremonias secretas reservadas para los hombres, debe considerarse, por diversos motivos y argumentos, como elemento de la cultura primaria, y por lo tanto, más moderna que la cultura arcaica, característica esta última de los Onas. Para determinar el verdadero origen de ese juego secreto y el camino por el cual les ha llegado a los Onas, es condición imprescindible conocerlo en todos sus pormenores. Hace poco, tuve la oportunidad de hojear el libro: "Tierra del Fuego" (Valdivia 1922), cuyo autor es el capitán de nuestro ejército, don ARTURO FUENTES R., En las páginas 171 y sgts. del tomo II, leemos varios detalles de aquellas ceremonias secretas; pero al etnólogo no pueden satisfacerle esas simples referencias, talvez copiadas de otro libro, cuyo autor es un tal CARLOS GALLARDO, por ser incompletas y, lo que es peor, no tocan el punto principal de esta institución de los hombres.

Gracias a mi buena estrella, logré asistir a esta fiesta y pude observar de muy de cerca todo su desarrollo, lo que hasta ahora no ha sido posible a ningún hombre civilizado. Ahora sí, es una tarea muy fácil para mí determinar con precisión la naturaleza y el carácter de esas ceremonias y

su verdadero origen. En los comienzos del "*klóketen*", por ejemplo, pude observar un baile netamente fálico: esto sólo ya nos da a entender que se trata de un elemento cultural característico al período del matriarcado.

Sin entrar en mayores detalles, nadie desconocerá que una investigación metódica de la particularidad étnica de nuestros Onas era urgentemente necesaria, para completar y corregir observaciones realizadas por autores y viajeros anteriores. Que estas festividades, como se ha dicho ya, contienen y representan elementos de una cultura más nueva y que, por lo tanto, han sido introducidas o agregadas posteriormente a la cultura arcaica propia de los Onas, lo prueba, además, su marcada tendencia *contra mulierem*; así es que no cabe duda acerca de que el "*klóketen*" había sido transmitido a nuestros Onas por algún pueblo de régimen matriarcal; y de los Onas pasó a los Yaganes; pues, la semejanza entre el "*klóketen*" y el "*kina*" es sorprendente. Puedo adelantar ya aquí, que estas ceremonias pasaron de los Yaganes hasta los Alacalufes.

Conviene, ante todo, dar a conocer el verdadero nombre del pueblo de que nos venimos ocupando. Llamamos *Onas* a esos indígenas, siguiendo el ejemplo de los Yaganes, quienes apellidaron a sus vecinos de la Isla Grande de la Tierra del Fuego: *aona-yámana*. Por consiguiente, la palabra *ona* tiene un origen yagan. Pero ellos mismos se llaman *selknam*, nombre que llegó a conocerse relativamente tarde; y así estamos acostumbrados al nombre de *ona*, a pesar de que sería más propio emplear el de *selknam*; así como designamos también a nuestros araucanos con el nombre de *mapunches*.

He dedicado un interés especial al análisis del idioma ona. Ya poseemos una valiosa contribución al respecto debida a la pluma del R. P. BEAUVOIR (Los *Shelknam*; Buenos Aires, 1915); pero, siendo varios sonidos de este

idioma de una determinación algo difícil, estimé conveniente estudiarlo de nuevo.

Es una particularidad característica del idioma, ona el gran número de sonidos explosivos, que en fonética se conocen como sonidos con oclusión de la laringe; posee, además, varios sonidos nasales. Estos elementos fonéticos acentúan una notable diferencia entre las lenguas ona y yagan; la última es muy suave y sonora, a la vez que muy rica en palabras, las que son excesivamente largas; en cambio, el idioma ona suena duro, áspero y fuerte, y posee sólo un número relativamente reducido de palabras.

En mis viajes de estudio he alcanzado a redactar un buen diccionario ona y a determinar las reglas gramaticales que rigen en este idioma. Finalmente, he impreso en cilindros de fonógrafo los sonidos tan singulares a que nos hemos referido.

Para no extenderme demasiado en las referencias sobre los Onas, me permito mencionar algunas de sus instituciones que nos revelan la estructura sociológica de este pueblo tan insuficientemente conocido hasta la fecha.

Los investigadores que siguen el anticuado método evolucionista en esta ciencia histórica, si es que se rigen por un método siquiera en sus observaciones, se complacen en repetirnos hasta el cansancio que en los comienzos de la humanidad, entre los pueblos más antiguos, reinaba y rige todavía un comunismo absoluto y completo; no se conocía la propiedad personal, y cada cual era dueño de lo que veía en manos de su vecino. Tal es así que eso del comunismo entre los más primitivos pobladores de la tierra, es ya un verdadero dogma para los sociólogos, estadistas, historiadores, etc. Pero examinando la realidad de las cosas con un criterio libre de prejuicios y con los métodos objetivos que rigen para la investigación histórica, llegamos a resultados diametralmente opuestos a esas deducciones meramente hipotéticas; y en vez de instituciones comunistas nos encontramos frente a un concepto bien definido de la propiedad personal.

Vamos al caso: Cada persona es dueño y propietario de lo que produce; pues, el trabajo invertido en la confección de un objeto le da a éste tanto valor que ninguna otra persona puede disponer de él. Y, representando dicho objeto cierto valor, sirve para canjearlo por otro; y en esto tenemos la base para un comercio.

Los Onas no tienen monedas; pero cualquier artículo representa un valor determinado, y el que lo necesita ofrece por él otro objeto equivalente. Y así había antes un comercio relativamente activo: los grupos del Norte de la Isla Grande de la Tierra del Fuego se fueron hacia el Sur en busca de tierras colorantes, ofreciendo por ellas una buena clase de pedernal. Los pobladores de la costa se dirigían hacia el interior y cambiaban las bolsas de flechas trabajadas con cueros de lobo, por flechas elaboradas de ramitas de calafate (*Berberis*), etc. Un cambio semejante de objetos no puede llamarse: regalo; pues, no era costumbre hacerse obsequios entre ellos, sino que había sólo un verdadero comercio.

Estas referencias ponen fuera de duda el concepto claro de la propiedad personal que rige en las relaciones mutuas de nuestros indígenas. Tal es así, que también los niños tienen el derecho de disponer libremente de los objetos elaborados por ellos. Un ejemplo: una niña que ha confeccionado para sus juegos una muñeca, es dueña única de ella y los padres no se creen autorizados para intervenir en forma alguna con respecto al destino de dicho objeto.

En cuanto a los bienes inmuebles, tampoco existe un régimen comunista; por el contrario, se reconoce la propiedad de familia; toda la Isla Grande estaba dividida en unos 40 lotes, cada uno de los cuales, con sus límites perfectamente determinados, era propiedad de una familia entera, cuyos miembros eran los únicos que tenían derecho de cazar, recoger frutos silvestres, coleccionar pedernales, buscar

huevos de pájaros, etc., siempre dentro del respectivo predio. No era permitido penetrar en los lotes vecinos, sin el permiso previo de los dueños. Póngase el caso de que en una región se hubieran concluido todos los recursos de alimentación; entonces, uno de los ancianos, de acuerdo con la opinión de los demás individuos de su grupo, mandaba pedir entrada en otro lote con el objeto de buscar o recoger lo necesario para la vida; y aquellos dueños no negaban nunca el permiso que se les solicitaba.

Entre los Onas no ha habido ni jefes ni caciques; dentro del mismo grupo de la familia grande, un anciano venerable ejercía cierta autoridad moral, pero sin atributos especiales de ninguna naturaleza.

La constitución de la familia propiamente tal, en tiempos antiguos, era netamente monogámica; sólo en ciertos casos se toleraba a un polígamo, pero nunca sin criticársele su conducta.

Tanto el joven como la niña tenían entera libertad para dar la mano al elegido de su corazón; los padres no podían, ni debían oponerse a la libre elección de sus hijos, y sólo exigían que el joven buscara una compañera de vida en un grupo de otra familia bien alejado.

Entonces el joven que ha pasado ya por las pruebas del "*klóketen*", trata de ganarse la simpatía y el amor de la niña a la cual pretende su corazón, sin que sus tentativas llamen la atención. Si la muchacha se muestra accesible, entonces él se presenta un día en el rancho de los padres de su elegida y ofrece a ésta, en presencia de aquellos, un arquito chico confeccionado con esmero. La niña entiende esa actitud y lo demás lo hacen las miradas. Si ella acepta el arquito, significa que accede a la petición del joven y que será su esposa; el joven abandona luego la vivienda de su prometida, con el corazón henchido de júbilo.

Ahora la novia trabaja, en seguida, una fina trencilla de

nervios y personalmente coloca este adorno en la muñeca derecha del joven; ya no cabe ninguna duda de que esos dos jóvenes son novios y quieren contraer matrimonio, siguiendo sólo las inclinaciones del corazón.

Se traen muchos guanacos y otros animales; todos los vecinos son invitados; los novios aparecen con la pintura obligatoria para el caso. Todos pasan alegres dos o tres días, y desde entonces los novios son considerados como esposos.

Con especial cuidado guarda la futura madre aquel arquito, y cuando el primogénito ha alcanzado ya la edad suficiente para dedicarse al juego con los demás niños, ella ahora le regala ese arquito para que juegue, y le observa con ternura en sus entretenimientos, trayendo a su memoria los dulces recuerdos del pasado.

Tanto los padres como los otros miembros de la familia siguen instruyendo a los niños en los buenos modales y costumbres, en el debido respeto hacia los progenitores y las personas ancianas, en sus obligaciones y trabajos.

Esta instrucción se intensifica y toma forma metódica, cuando en la niña aparecen los primeros síntomas de la pubertad. A la madre principalmente le incumbe esta obligación de dar a la hija una amplia y detallada enseñanza, tal cual la necesita una futura esposa y madre.

La educación del muchacho llega a su término con las prácticas del "*klóketen*", a que debe asistir.

Como se ha dicho ya, el "*klóketen*" es una institución de ceremonias secretas, reservadas exclusivamente a los hombres, que ejercen una profunda y permanente influencia sobre la mentalidad de éstos en especial y sobre toda la tribu en general. Y ello se comprende; pues, cuenta la mitología que antiguamente, cuando mandaban las mujeres, los hombres estaban obligados a obedecer y a efectuar aun los trabajos menos agradables. Para mante-

ner a los hombres en esta subordinación, las mujeres habían inventado los juegos del "*klöketen*"; por medio de apariciones de espíritus fingidos atemorizaban a los hombres haciéndoles creer que tales espíritus descendían del cielo o salían del interior de la tierra. Sigue refiriendo la mitología que un día el Sol, en aquel entonces hombre inteligente y buen cazador, marido de la Luna, la que ejercía gran influencia sobre las demás mujeres, al regresar de la caza, observó como dos mujeres se bañaban, haciendo desaparecer del cuerpo la pintura con la cual suelen presentarse los "espíritus".

El Sol comunicó sus observaciones y sospechas a los demás hombres, quienes seguían observando a las mujeres sigilosamente; de este modo se descubrieron los engaños. Entonces los hombres, armados de un gran palo, asaltaron el rancho del "*klöketen*", matando a todas las mujeres. La Luna que era de gran poder, recibió también un fuerte golpe; pero en seguida estremeció el mundo entero y el cielo amenazaba romperse. Nadie se atrevía a darle un segundo golpe; al final, un hombre valiente la echó al fuego; mas, la Luna logró huir hacia el cielo, no sin llevarse en el rostro algunas quemaduras que todavía pueden verse.

Muertas así las mujeres, con excepción de las criaturas pequeñas, los hombres estudiaron la manera de imitar y practicar los juegos que antes ejecutaron las mujeres, engañando de igual modo a éstas y teniéndolas bajo su dominación.

Los hombres se pintan del modo más variado y según las características del "espíritu" a que quieren representar. Las mujeres contemplan desde lejos los movimientos y bailes de esos "espíritus" y el miedo les mantiene sujetas a la voluntad de sus maridos.

Sin entrar en otros pormenores, conviene anotar que el joven que por vez primera asiste al "*klöketen*", es sometido

a duras pruebas: debe ayunar mucho, y le permiten dormir pocas horas solamente; durante el día debe caminar incesantemente a través de bosques y montañas, a fin de que salga ligero y ágil en la caza; debe ejercitarse en el manejo del arco y de la flecha, y practicar la lucha romana, el juego predilecto de los Onas. Se le amenaza con la muerte segura e inmediata; si se atreviera a descubrir lo más mínimo de esos secretos; quieren, como me lo han asegurado muchas veces, que el último Ona sobreviviente los lleve consigo a la tumba.

Hay también una relación íntima entre el "*klóketen*" de los Onas y la institución de sus "*Jon*", los médicos hechiceros, a quienes corresponde un alto poder y una influencia muy considerable; lo mismo hemos observado entre los Yaganes.

Nuestros Onas no tienen un colegio o una escuela especial para instruir a los aspirantes a hechicero; eso sí, de vez en cuando se reúnen, por orden de uno de sus "*Jon*" de mucha influencia, con el fin de elegir a nuevos miembros para su gremio; por mi parte he tenido la oportunidad de asistir a una reunión de esta clase que duró cinco días. Elegido el aspirante, un doctor experimentado le instruye en los secretos del facultativo, hasta que este aprendiz es capaz de independizarse. Tienen esos "*Jon*" casi los mismos atributos que los "*Yécamush*" de los Yaganes; con la sola diferencia de que el poder de aquellos es casi absoluto y que por lo tanto los demás les profesan a ellos mucho miedo.

En otros pueblos de cultura elemental o arcaica,—y esta es la que corresponde a nuestros Onas—se ha comprobado la existencia de un monoteísmo bien preciso y definido. En cuanto a las ideas religiosas de los Onas, no hemos tenido, hasta la fecha, nada seguro, determinado y completo. La mayoría de los autores han supuesto que los "espíritus" del "*klóketen*" formaban el así llamado Olimpo Ona.

También en las investigaciones practicadas a este res-

pecto he obtenido resultados sorprendentes. Empleando métodos netamente objetivos, llegué a comprobar que los Onas repetan a un Ser Supremo, al que llaman "TEMÁUKL". Este es un espíritu puro, porque nunca ha tenido cuerpo; existía mucho antes que los hombres; él creó el cielo y la tierra que al principio constituían una sola cosa. "KENÓS" fué el primer hombre, que más tarde levantó el cielo a la altura en que en la actualidad se encuentra. Por intermedio de éste, "TEMÁUKL" impuso a los hombres las leyes y buenas costumbres que les rigen. Ese Ser Supremo exige también que todos cumplan con sus preceptos y él castiga al culpable, muchas veces con la muerte repentina; porque él, estando presente en todas partes, lo ve todo. Por eso, el Ona respeta y teme el "TEMÁUKL". Y, por lo mismo, cuando una persona ha muerto, levantan gritos y reproches contra su Dios, por ser él la causa de esa muerte; pero reconocen que nadie puede hacer o emprender cosa alguna en contra del poder de él, porque es incomparablemente más fuerte que todos los hombres juntos.

Tal es, en síntesis, el sistema dogmático de los Onas; muy sencillo, pero suficientemente completo para satisfacer las exigencias de la razón que reclama una última causa para todo lo que existe, y para dirigir la voluntad por el camino recto. Salta a la vista también la íntima relación que hay entre la creencia religiosa del Ona y la ética propiamente tal; de ello se deduce la importancia que estos descubrimientos revisten para el estudio comparativo de las religiones.

En atención a su cultura material, nuestros Onas son un pueblo de cazadores nómades. Sus armas principales son el arco y la flecha; el principal animal de caza, el guanaco (LAMA HUANACHUS, Kol.) para los indios del Sur, y el cururo (CTENOMYS MAGELLANICUS, Bennet y CTENOMYS FUEGUINUS, Ph.) para los del Norte; de modo que todos siguen un ré-

gimen casi exclusivamente carnívoro. Los mencionados animales le proporcionan al indio la materia prima para la confección de sus capas, único abrigo y defensa contra el rudo clima de esas regiones inhospitalarias.

Desde hace apenas quince años se habla en los círculos científicos de otra raza fueguina, los *Háus*, que sería diferente a las ya descritas, pero desconocida hasta la fecha en su idiosincrasia. Aun más; se suponía a dicha raza completamente distinta de las otras tres que pueblan la Tierra del Fuego y las tierras adyacentes. Pero parecía imposible determinar su verdadera situación, en vista de que apenas se encontraban unos cinco sobrevivientes de ese pueblo, cuya patria era la región Sureste de la Isla Grande, o sea, el Departamento de Bahía Thetis.

Por mi parte, no podía desentenderme de este problema de los Haus; pues, cuanto más tiempo se deja pasar, tanto menos probabilidades había de llegar a una solución definitiva; y hoy día, sólo vive una persona de legítimo origen Haus, una anciana de uno 95 años de edad.

En cuanto a las particularidades étnicas, debe decirse que no existe diferencia alguna entre los Haus y los Selknam; ambos son cazadores nómades con cultura netamente arcaica. Algunas diferencias somatológicas, sin embargo, pueden observarse; pues, los Haus eran de menor estatura que los Selknam.

Con respecto a las particularidades lingüísticas ha de considerarse el habla de ambos como dos dialectos del mismo tronco lingüístico. El idioma haus posee también los sonidos explosivos tan propios de los Selknam; pero casi todo su vocabulario es diferente. En cambio, la estructura gramatical de los dos dialectos es casi la misma.

Siendo así, no puede considerarse a los Haus como un pueblo o una raza distinta de los Selknam; por el contrario, los dos forman una misma unidad étnica. Las diferencias dialécticas se explican del modo siguiente: Los Haus pro-

piamente dichos constituyen la primera invasión a la Isla Grande de individuos procedentes del Norte y que se repartieron por toda la isla; pues, los Selknam recuerdan que antiguamente se hablaba el haus en toda esa región. Más tarde debe haber venido una segunda invasión que constituiría el grupo de los verdaderos Selknam, los que trajeron su propio dialecto, el cual, por diversas razones, ha seguido absorbiendo paulatinamente el habla haus, en dirección del Norte hacia el Sur de la Tierra del Fuego. De este modo se explica el hecho de que el idioma haus pudo aun conservarse, hasta hace unos 30 años, en la región Sureste de la Isla Grande.

Después de una estada de más de tres meses entre los Onas, dí por terminada la investigación que me había propuesto. Tenía ya en mi poder un material abundante y completo, datos de sumo interés y de importancia para la etnología, lingüística y antropología, para la sociología, psicología étnica y el estudio comparativo de las religiones. Es cierto que mis referencias y conclusiones no concuerdan con las deducciones de ciertas hipótesis y teorías de los evolucionistas; pero de esta disconformidad no puede culparse a la realidad existente y a los hechos efectivos, sino que debe atribuírsela a aquellas teorías tendenciosas y llenas de prejuicios.

No dudo de que el enorme caudal de observaciones que he logrado recoger metódicamente, será recibido por el mundo científico con especial agrado; pues, ellas nos reflejan la real y verdadera cultura de los Onas. He reunido también un precioso material fotográfico; hasta los "espíritus" del "*klóketen*" han quedado impresos en las placas fotográficas. Por poco no he pagado con mi vida la tentativa de sacar una vista a uno de esos "espíritus" que estaba precisamente pintándose; sólo con el empleo de toda mi astucia llegué a calmar los ánimos irritados de esos hombres, pero jamás logré retratar a ninguno de ellos en el momento de pin-

tarse. Finalmente alcancé a imprimir en cilindros de fonógrafo dos series de palabras onas y algunos de sus cantos monótonos. Igualmente fijé una larga lista de vocablos haus para salvar del olvido a ese dialecto.

Ya que había reunido un importante material de estudio, y agotado el tesoro de las particularidades étnicas y lingüísticas de estos indios, creí llegado el momento de despedirme de su campamento en las cercanías del Lago Fagnano.

Delicado era el problema de salir del interior de la Isla Grande de la Tierra del Fuego; estábamos a mediados del mes de Julio; es decir, en pleno invierno, el que este año era excepcionalmente crudo; por todas partes se veía el suelo cubierto de una densa capa de nieve que dificultaba todo movimiento; aunque era relativamente abrigado el lugar en que acampábamos, en ese mes siempre marcaba el termómetro una temperatura entre 5-15 grados bajo cero. Ya era casi imposible para mí, proporcionarme víveres en las estancias vecinas, y los que conseguí por favor y a precios muy subidos, tuve que compartirlos con los indios insaciables. Y, aunque la carne de guanaco es sana y gorda en esta época, los indios no la preparan bien y, al fin, mi estómago se resintió a los asados medio crudos de mis compañeros de choza. Verduras y papas no se conocen en estos lugares; menos todavía la leche, la mantequilla y la fruta. El frío continuo, el humo de mi miserable rancho y la falta de calor solar me produjeron, por fin, síntomas de escorbuto y de anemia. Concluí, pues, por enfermarme y desesperarme de la vida de indio que hacía ya tres meses y semanas.

A costa de cualquier sacrificio debía, en tales circunstancias, abandonar el campamento de los Onas, para reponer las fuerzas perdidas y no desperdiciar el tiempo esperando la llegada de la primavera. Aceptando la invitación del administrador de una estancia cercana de este lugar, pasé algunos días para reponerme un poco de las muchas priva-

ciones que había sufrido durante mi vida de salvaje en el campamento de los Onas.

Preocupado ahora del grave problema de salir del lugar en que me encontraba sitiado, por todas partes, por montes cubiertos de nieve e hielo, pensé que dirigiéndome al Norte, habría de viajar cuatro o cinco días a pie para llegar a Río Grande, donde se encuentra a veces un vapor que zarpa de ahí con rumbo a Punta Arenas; o bien de ahí seguir viaje directo por tierra a Porvenir, lo que habría exigido una nueva caminata de cinco o seis días, con la probabilidad de no poder cruzar la cordillera Baquedano, que es casi intran-sitable en invierno.

Me pareció, pues, que lo mejor era volver al Canal de Beagle; a pie, se entiende. Tanto los indios como los civilizados que supieron mi proyecto lo calificaron de muy peligroso y de una loca aventura. Pero como no podía esperar hasta Octubre, contraté dos indios de confianza, hombres valientes y resueltos a la vez, cargamos víveres y unas capas para abrigo, y aprovechando un momentaneo buen tiempo, nos pusimos en marcha a través de la interminable extensión de bosques envueltos en una espesa capa de nieve; era el día 13 de Julio. No podíamos aprovechar caballos para esa travesía de la cordillera. Al segundo día ya se descompuso el tiempo, sorprendiéndonos un fuerte temporal de viento y nieve; no pudimos casi avanzar. A pesar de haber atado a los zapatos unas tablillas anchas, nos hundíamos en la nieve hasta más arriba de las rodillas. No nos fué posible, por tal motivo, cruzar ese día la montaña. Al pié de ella hubimos de pasar la noche, durante la cual cayó tan enorme cantidad de nieve, que, según se me dijo más tarde, no había recuerdo de otra nevazón más fuerte en el curso de este invierno. Nuestros víveres empezaban a escasear, por lo que era indispensable subir la montaña, no obstante la terrible nevazón. Con mucho trabajo y tras grandes penalidades alcanzamos la cumbre. Pero arriba nos encontra-

mos con un viento Sur contrario tan intenso y frío que uno de los indios y yo mismo estuvimos a punto de escarcharnos. Entonces, el otro guía, con su criterio práctico, cambió de rumbo y nos arrastró,—pues, yo había perdido ya el conocimiento—hacia abajo, a un cañadón, para evitar los efectos del viento frío y de la bajísima temperatura, lo más pronto posible. Una hora más tarde estábamos en el monte donde el calor de una fogata me devolvía la vida y actividad.

Después de otros dos días de marcha penosísima y cuando se nos habían agotado los víveres, parte de los cuales tuvimos antes que botar para aliviarnos y salvar la vida, llegamos a Puerto Harberton. Estábamos totalmente rendidos e incapaces de hablar a causa del agotamiento y cansancio. El amable administrador de esa estancia nos atendió con toda solicitud y cariño; quedo profundamente agradecido a él y a su atenta familia.

Pronto repusimos nuestras fuerzas y con éstas nos volvió el ánimo para seguir adelante en nuestra marcha. Después de una semana de descanso, provistos de víveres y de algunas frazadas, reanudamos el viaje en dirección al Oeste, a lo largo de la orilla Norte del Canal de Beagle. En la misma noche alcanzamos a llegar a Punta Remolino, la estancia de los señores Lawrence Hermanos, donde se me colmó de atenciones; de manera que pronto estuve restablecido y pude hacer algunas observaciones más entre los Yaganes y completar los estudios anteriores. Se me trajo la triste noticia que durante mi estada en el interior de la Isla Grande, una pequeña embarcación había traído desde Punta Arenas algunos enfermos atacados de gripe. El contagio de este mal sigió propagándose también entre los Yaganes, y llevó a la tumba a unas personas adultas, entre éstas un anciano muy entendido en las costumbres y prácticas antiguas de este pueblo, mi maestro y gran amigo, el inteligente MASEMEKENS.

Así vemos, hoy día, reducido el número de esos indios a sólo 70, contando también a algunos mestizos; y habiendo pasado ya al otro mundo todas las personas ancianas, versadas y experimentadas en todo lo que constituye la cultura y el patrimonio peculiar de los Yaganes, una investigación científica de esos indígenas sería hoy completamente inútil, ya que no podría llegarse a conclusiones completas y del todo seguras; pues, los últimos restos de ese pueblo, en gran mayoría personas jóvenes, ya han olvidado y perdido lo que era su cultura propia y originaria.

En cuanto a los Onas debe agregarse todavía, que su número, al pasar yo por sus campamentos, alcanzaba todavía a 274; pero, según noticias recibidas últimamente, también de ellos mismos la gripe se llevó a la tumba a varias personas en la primavera pasada; en el mismo campamento, donde he pasado más de tres meses del invierno, han muerto 9 individuos, entre ellos la anciana KAUIA que me había atendido especialmente, preparándome la comida y cuidando mi rancho. Por este motivo, el número actual de los Onas no pasa ya de un total de 265.

En atención a esto, considero una rara fortuna haber tenido la oportunidad de estudiar detenidamente a este pueblo y de salvar los tesoros de su idiosincrasia para la historia.

Resumiendo me es grato decir que con los trabajos y los estudios realizados, he concluido mis investigaciones etnológicas y lingüísticas en esta tribu fueguina. Y era urgente hacerlo, porque la resistencia física de estos individuos ha decaído muchísimo. La juventud no manifiesta mayor interés en conocer y conservar las peculiaridades de su raza y toma hábitos y costumbres,—en su mayor parte, malos—de los civilizados. Calculo que en diez años más subsistirá sólo un puñado de Onas y no sabrán nada de la idiosincrasia de su pueblo.

Muy dura ha sido para mí la estada de tres meses entre estos indígenas fueguinos; muchas dificultades he tenido que vencer, no me han faltado los disgustos y los malos ratos, y hasta me he visto dos veces en inminente peligro de perder la vida. Felizmente, la esperanza de llevar a buen término mis trabajos y de haberlo conseguido finalmente, me dieron ánimo y valor; la justa satisfacción de que puedo gozar ahora, me consuela y me recompensa todos los sacrificios.

Oportunamente emprendí viaje de regreso a Punta Arenas, dejando atrás las regiones del Canal de Beagle. Arribaba a este puerto el 7 del mes de Setiembre.

Habiendo así terminado con todo buen éxito mis estudios en las tribus Yagan y Ona, me restaba la solución del importante problema de la investigación etnológica de los Alacalufes, pueblo muy poco conocido en sus caracteres étnicos. Que un viaje de exploración a la patria de esta tribu presentaba enormes dificultades y obstáculos muy serios, lo atestigua el solo hecho de que hasta la fecha no había sido organizada ni una sola expedición con el objeto de estudiar la cultura de esos indios. A pesar de todo, la ciencia etnológica en especial, y el mundo científico en general reclamaban con urgencia, se iniciaran estudios detenidos basados en las exigencias de los métodos modernos; para darnos a conocer a esos fueguinos que también, en una época no muy lejana, se habrán extinguido completamente.

Que el estudio de la cultura de los Alacalufes representa un capítulo de sumo interés para el que analiza la evolución y el desarrollo que la humanidad ha seguido tomando a través de miles de años, se desprende del hecho histórico, ya bien comprobado por la ciencia, de que los fueguinos, conjunta-

mente con algunos pueblos aislados del interior del Brazil, las tribus Gez, por ejemplo, deben considerarse como los pobladores más antiguos de América. A esto se agrega que dentro de las tres tribus fueguinas, hay que calificar a los Alacalufes como muy anteriores a los Yaganes y Onas. Se deduce de esto, que sólo esos pueblos son los únicos llamados a darnos una respuesta segura y satisfactoria sobre algunos detalles de ciertas instituciones y costumbres de la época primordial de la humanidad, de los comienzos de la sociedad humana. Nadie puede negar que la respuesta a estas interrogaciones está íntimamente relacionada con varios problemas que actualmente mantienen en tensión al mundo civilizado, y que afectan hondamente a todas las clases sociales.

Era un error muy grave de la escuela antigua en la etnología y un proceder arbitrario el lanzar hipótesis e ideas al mundo, que carecían de base real, de una observación exacta y de un criterio imparcial de investigación. De ahí el sinnúmero de opiniones erradas y falsas acerca de la edad relativa, instituciones, origen y desarrollo de la mayoría de los pueblos indígenas; los mismos defectos se descubren tan luego como hojear las referencias que se han publicado acerca de los Alacalufes. Por el contrario, en la escuela moderna de la etnología, ya que pretende ser una ciencia verdadera, no hay cabida para suposiciones y presunciones, ni para hipótesis infundadas y arbitrarias; con un método adecuado a su objeto material, procede a establecer la realidad de los hechos, la verdad histórica, que por sí permite formular conclusiones particulares y deducir principios generales.

Experimentado ya en la técnica de preparar y llevar a cabo una expedición etnográfica a esas regiones inhospitalarias, me aprovisioné de víveres y ropas necesarias; junté muchos regalos adecuados para los indios y llevé todo el instrumental necesario para mis observaciones. No tenía duda alguna acerca de las múltiples dificultades que de-

bía vencer de antemano para poder obtener resultados satisfactorios, en la ardua empresa en que estaba empeñado. Hay que anotar, en primer término, las condiciones climatológicas, sumamente desfavorables, de aquella región, llamada por los geógrafos, botánicos y náuticos "la zona lluviosa". En verdad, una lluvia casi incesante e interminable forma la característica de todas las islas y canales existentes en la larga extensión de la Península de Brecknock hasta el Golfo de Peñas, la patria de nuestros Alacalufes.

Fuertes vientos azotan la región y levantan altas marejadas; las nevazones no son raras ni aun en tiempos de verano. El sol es, para esos parajes, como un artículo de lujo; es decir, sólo puede observárselo muy raras veces y por tiempo muy breve. Se comprende, entonces, que una estada prolongada en zona tan lluviosa e inclemente, deprime el ánimo y afecta desfavorablemente la salud corporal a tal extremo que uno espera ansiosamente el día oportuno para abandonar semejantes parajes.

El día 21 de Septiembre me embarqué en el escampavía "Piloto Sibbald", y zarpamos la misma mañana con rumbo hacia la Patagonia occidental; una semana después, el 28 del mismo mes, fondeamos en Puerto Ramírez, en la Península de Muñoz Gamero, donde la Armada Nacional mantiene un depósito de carbón. Al desembarcar, me vi ya rodeado de unos 40 indios alacalufes, y entrando inmediatamente en relaciones con ellos, me dí cuenta de que debía quedarme en este lugar, y tomar este puerto como centro de mis proyectadas actividades. Era para mí una suerte muy grande haberme encontrado ya desde el principio con tan gran número de estos indígenas; se habían reunido para dar sepultura a una india recién fallecida; pues, es éste uno de los motivos que los anima para juntarse en gran número. Por lo general, cada familia vive aparte de las demás y huye de los civilizados, por haber sido explotados y maltratados impunemente en tantas ocasiones ya.

A causa de ese mal trato de que a menudo han sido víctimas, los indígenas se han vuelto desconfiados y procuran evitar el contacto con cualquier cristiano, en la creencia de que todos son tan malos y abusadores que aquellos pocos que les han perseguido y explotado.

No dejaré de decir con toda franqueza que al entrar en contacto con los Alacalufes, lo hacía un poco desorientado. En muchos folletos y revistas léese que estos indios son muy peligrosos, completamente corrompidos, infestados por enfermedades sociales y, ante todo, ladrones reconocidos y terribles antropófagos. La mayoría de los pasajeros que, en cómodos vapores cruzan aquellos canales que forman la patria de los Alacalufes, juzgan a éstos como a seres desgraciados e infelices, los más atrasados representantes de la gran familia humana; y algunos no ven en el indio más que un animal. Circulan al respecto numerosos cuentos de robos, salteos, matanzas y otros crímenes cometidos—se dice—por los indios. Todo esto ha contribuido a formar una atmósfera tan desfavorable en contra de esos indígenas que también yo, personalmente, no supe armonizar todas esas acusaciones, afirmaciones, referencias y cuentos en contra de los Alacalufes, con todo lo que he visto y observado en las otras dos tribus fueguinas, como tampoco con todo lo que la etnología moderna nos refiere acerca de otros pueblos que en la alta escala del desenvolvimiento de la humanidad ocupan la misma grada que los Alacalufes.

Pero pronto llegué a aclarar las contradicciones y establecer la realidad de los hechos. Y si ahora, basándome en observaciones directas y en datos concretos, estoy en la obligación de decir la verdad, no debe extrañarse que ella contradiga diametralmente a casi todo lo que, acerca del carácter de aquellos indios se ha dicho, escrito y repetido en tantas ocasiones. No desconozco que las referencias que a con-

tinuación voy a presentar, son contrarias a muchas suposiciones e hipótesis mantenidas, sin base ni fundamento, hasta ahora; pero la ciencia etnológica no puede conformarse con repetir lo que se sigue afirmando sin criterio, o lo que le parece y no le parece a un lego en esta materia, o lo que algunos suponen; por el contrario, la verdadera ciencia establece la verdad de los hechos y la reconoce, sin alterarla ni mutilarla, aunque contradiga a infundadas hipótesis o suposiciones erróneas.

Como se ha dicho ya arriba, tuve que vencer muchas dificultades antes de que los indios me manifestaran su completa confianza; tuve que disipar muchos prejuicios que ellos mantenían, hasta que se dieron cuenta de la sinceridad de mi persona y de mis proyectos, base imprescindible para una provechosa investigación etnológica. Semanas enteras pasaron antes que alcanzara a iniciar mis observaciones sobre los delicados capítulos de la sociología, ceremonias secretas, mitología y religión de los Alacalufes; en una palabra: su verdadera idiosincrasia étnica y somatológica, mucho menos conocida que la de los otros fueguinos.

Llenaría muchas páginas si quisiera exponer detalladamente, cuánta inteligencia, cuánto tino y cuánta diplomacia tuve que poner en juego; cuántos sacrificios personales y cuántos gastos tuve que hacer para ganar la simpatía de esos indios, desconfiados con cualquier cristiano y muy celosos en guardar los secretos de su tribu, que consideran como patrimonio sagrado de los antepasados, y que, por tal motivo, deben ocultarlos a los extranjeros. Sin embargo, gracias a la experiencia adquirida en el contacto con los indios Yaganes y Onas, pude obtener resultados muy satisfactorios y datos importantes, los que recompensan ampliamente los sacrificios y disgustos, peligros y gastos pecuniarios que nunca faltan en una expedición de esta clase.

En cuanto a los caracteres físicos de los Alacalufes debo

repetir que con razón se les califica en antropología como pigmoideos; y en eso son iguales a los Yaganes.

Muy a menudo suele oírse, que estos fueguinos son deformes, contrahechos, y defectuosamente constituidos. Pues bien, no quiero negar que su trabajo diario y el continuo remar ha favorecido más el desarrollo de la parte superior del cuerpo, mientras que las piernas manifiestan cierto atraso y que, por este motivo, los Alacalufes difícilmente pueden servir de modelo a un escultor que busca líneas y proporciones que obedezcan a los conceptos de estética que tenemos y defendemos, basándonos en la teoría en boga entre los griegos de la edad clásica. Pero eso de la estética es algo relativo, y por lo tanto una particularidad de cada pueblo; pero fuera de todas estas consideraciones no puede negarse que nuestro indio, a pesar de ser más bajo que los individuos de razas modernas, es bien formado, robusto y macizo, fuerte y sufrido, aunque sus facciones no dejan de ser muy rudas y ordinarias cuando llega a mayor edad.

El número de esos fueguinos no pasa hoy día de 250 individuos entre grandes y chicos. Antes de entrar en contacto con los blancos habían formado una población que alcanzaba probablemente a más de 6,000

Varias son las causas que han contribuido a esta disminución tan considerable y asombrosa; pero, no es este el momento de analizarlas una a una. Desde luego no puede negarse que el contacto con los civilizados dió un golpe mortal a la vitalidad de esta raza. Es tan errónea como generalizada la opinión,—y a veces se la sostiene disimuladamente con el mal intencionado fin de ocultar la verdad que acerca de esto conviene callar—que casi todos los indios han sucumbido víctimas de la tuberculosis y de enfermedades sociales; y además, que los pocos que viven todavía, están totalmente infestados con estos males.

Sin detenerme más en repetir que únicamente ciertos

civilizados de conciencia corrompida cargan con la culpa de la introducción y propagación de dichos males físicos entre los fueguinos, por cuanto no existían ahí anteriormente, debo insistir en que es un error muy grave calificar a la casi totalidad de los Alacalufes como enfermizos, raquíticos, sifilíticos, etc. Muchos de los que esto afirman, ni han visto siquiera de cerca a un indio, y repiten lo que han oído de otras personas, poco o nada entendidas en patología.

Pues bien, si yo, por mi parte, insisto en esta referencia, acerca del estado de salud del conjunto de estos indígenas, lo hago por considerarme más competente que simples legos en medicina, y por servir a la verdad. Pero, eso sí, es de suma urgencia, si se quiere salvar a esta gente de su total exterminio, que se pongan pronto en juego las medidas adecuadas con el fin de evitar que individuos corrompidos y sujetos peligrosos, casi todos ellos bandidos conocidos, sigan ejerciendo impunemente su influencia perniciosa, un verdadero terrorismo, entre los indefensos indígenas, víctimas del instinto perverso y criminal de esos sujetos que son llamados "cristianos" por los indígenas. ¡Qué idea se formarán del cristianismo que tales individuos representan!

No negamos que uno u otro indígena sufra de las mencionadas enfermedades; pero que la gran mayoría goza de muy buena salud y de una resistencia física admirable, lo atestiguan varios patrones de goletas que, para tener buen éxito en la caza de lobos y nutrias, se valen de esos indios, a quienes les toca la parte más pesada del trabajo.

Un interés particular merecióme el estudio del idioma alacalufe. Como puede deducirse de las listas de palabras ya publicadas por misioneros salesianos y de otra lista redactada, hace poco, por el botánico sueco, don Carlos Skottsberg, que es la más precisa que se conoce hasta la fecha,

el idioma alacaluf se diferencia tanto de las lenguas ona y yagan, que debe considerarse a cada una de las tres como lengua distinta e independiente. Dediqué mucha atención a la determinación exacta de los sonidos muy particulares del habla alacaluf, al que no faltan tampoco los sonidos nasales y explosivos con oclusión gutural. Alcancé a fijar estos sonidos en el fonógrafo, lo que hasta la fecha no había sido posible a otros exploradores.

Era para mí una sorpresa muy grata el poder establecer y comprobar la existencia de tres diferentes dialectos dentro del idioma alacaluf; pero estas diferencias no atañen tanto a la estructura gramatical como a los vocablos que son distintos para designar un mismo objeto. Coinciden los límites de estas tres familias dialécticas precisamente con los límites que dividen la tribu alacaluf en otros tantos grupos; y, sólo dentro de las demarcaciones bien establecidas, se le permite vivir y cazar al que forma parte del respectivo grupo.

De esto se deduce que los tres grupos no mantenían otra relación que la comercial, y eso sólo ocasionalmente. El grupo del Sur tenía sus límites en el Cabo Tamar; el grupo del Centro surcaba los canales situados entre ese mismo Cabo y el Cabo Jorge, que es la punta Sur de la isla de Cambridge, 51° 38' de lat. S.; y en la región más allá de la nombrada punta hasta el Golfo de Peñas vivía el grupo Norte. La separación de las tres agrupaciones, una de otra, era tan estricta que dió origen al desarrollo de los tres dialectos dentro del mismo idioma.

Hoy en día, por haberse reducido notablemente el número de los indios pertenecientes al grupo Sur y al del Centro, los últimos representantes de ambos se han juntado un poco más y frecuentan, en su mayoría, los canales situados entre el cabo Tamar, canal de Smith y estrecho de Nelson. También algunos pocos indios del Norte viven ya en esas regiones centrales.

Siendo los Alacalufes un pueblo de pescadores nómades, se asemejan a los Yaganes en todo lo relacionado con la cultura material; ambos son pueblos de cultura elemental o arcaica—siguiendo la clasificación de la escuela moderna de la etnología. Construyen sus canoas de tres piezas de corteza de *Nothofagus*, y les cosen con barba de ballena o fibras de vegetales. Las armas principales son: el arco y la flecha, los arpones y las lanzas, las hondas y las mazas. Como cuchillo se sirven de las cáscaras de choros y cholgas (*Mytilus*); los demás útiles e instrumentos para la confección de sus armas y otros trabajos son de hueso o de concha. Por tal motivo sería poco correcto clasificar a estos indios como pertenecientes a la edad paleolítica, es decir, a la edad de la piedra no pulida. Son los Alacalufes muy anteriores a esa época; pues, no han llegado ni siquiera a conocer el uso predominante de la piedra, y no han aprendido todavía a servirse exclusivamente de ella en la confección de sus utensilios.

Mariscos, peces, lobos marinos y aves constituyen su alimento principal; para apoderarse de estos animales se sirven de sus armas sencillísimas, pero ingeniosamente trabajadas. Originariamente no conocían el uso de narcóticos o de las bebidas alcohólicas; sólo, desde que tuvieron roce frecuente con los pescadores y loberos venidos de fuera, han tomado mucha afición al tabaco y al licor que corroe el nervio de su vitalidad.

En cuanto a su sociología se parecen a los Yaganes también. Así es que, antiguamente, la constitución de la familia era el matrimonio monogámico; y existía entera libertad para los novios en la elección de la persona hacia la cual se sintió inclinado el corazón. La unión matrimonial sólo se disolvía por la muerte de uno de los cónyuges.

Dentro de la familia se repartía el trabajo en partes iguales entre el hombre y la mujer; y siguiendo sus costum-

bres nómades, no existía para ellos la así llamada "lucha por la existencia" en un sentido riguroso; pues, la adquisición de los alimentos necesarios era para ellos, más bien una distracción o un deporte, en lugar de ser un trabajo cansador y fatigoso.

Estos hábitos de pescadores nómades explican también el hecho que en los Alacalufes no llegó a establecerse la institución de las autoridades permanentes; y así no conocen ni jefes, ni caciques; cada hombre es independiente y no está de ningún modo sujeto a la voluntad de otro.

La autoridad sobre la familia le corresponde al padre; pero esta institución no impide que a la mujer asistan derechos claramente fijados que éste no se atreviera a violar o a limitar.

Es obligación de los padres, dar a los niños una educación e instrucción sólida, tanto teórica como práctica. He tenido la gran suerte de descubrir dos distintas clases de ceremonias secretas que practican; las que corresponden, en sus rasgos esenciales, al "*chiejáus*" y al "*kina*" ya dadas a conocer por mí como peculiares de los Yaganes; con la diferencia de que esta última ceremonia ha perdido entre los Alacalufes mucho de su carácter serio y exclusivista; lo que es una prueba más para establecer que el "*klóketen*" de los Onas ha llegado por intermedio de los Yaganes a los Alacalufes. Estas ceremonias deben considerarse como una continuación de la enseñanza que los niños reciben primeramente en la familia.

No debo dejar de agregar que casi todas las familias tienen buen número de niños, los que gozan casi siempre de buena salud; es, pues, un error muy grande, suponer un raquitismo generalizado entre los niños indígenas.

Debe considerarse como otro resultado importantísimo de esta expedición el haber establecido definitivamente la creencia religiosa de ese pueblo. También los Alacalu-

fes profesan un monoteísmo muy preciso y claro, en cuanto admiten un solo Ser Supremo, anterior a todos los demás seres vivientes, autor de las leyes y buenas costumbres, que rigen a los hombres. Se le respeta con suma veneración, pero no se conocen ni sacrificios, ni ídolos, ni totems; prueba convincente de que las ideas monoteistas no pueden calificarse como producto evolutivo de animismo, fetiquismo o totemismo ni manismo. La mitología no alcanzó a desarrollarse mucho en estos fueguinos.

Resumiendo los resultados obtenidos durante la investigación practicada en los Alacalufes, me atrevo a decir que he agotado, a mi parecer, el tesoro de las peculiaridades étnicas de este pueblo, y que las observaciones efectuadas nos reflejan un cuadro completo de la idiosincrasia de los Alacalufes, a los que, por varias razones, podemos considerar como la tribu más antigua de los fueguinos. Es para mí una satisfacción grande, la que a la vez me recompensa el sinnúmero de molestias, sacrificios y penurias, el haber tenido la oportunidad de dar a conocer a este pueblo que ya se encuentra en las postrimerías de su existencia.

Aun a riesgo de extenderme demasiado en estas consideraciones, me parece ser de interés anotar, en rasgos generales, el pasado y la situación actual de los Alacalufes.

Nadie ignora que estos indígenas han estado en contacto con los europeos desde el día en que Hernando de Magallanes descubrió el paso del Océano Atlántico al Pacífico. Las fogatas que el valiente marino portugués divisó, desde su barco, en las dos orillas del Estrecho, pertenecían, a lo menos en su mayoría, a los Alacalufes, a pesar de que él personalmente no se vió con ninguno de esos indios.

Sólo seis años después del viaje de Magallanes, es decir, en 1526, nuestros Alacalufes fueron descubiertos, por decirlo así, por FRAY GARCIA JOFRE LOAYASA, en ocasión de su expedición a la región de Clarence Island.

Algunas referencias más detalladas acerca de estos indios nos las han dejado LADRILLERO y CORTES HOJEA, quienes cruzaron los canales patagónicos durante los años 1557-1558.

Después seguía la existencia de estos indígenas en un olvido casi completo, hasta que la expedición de FITZ-ROY (1826-1832) dió a conocerlos, pero sólo en algunas peculiaridades características que se refieren a su cultura material.

En los últimos decenios del siglo pasado, algunos antropólogos prestaron su atención al estudio de la somatología de esos indígenas; entre otros merece especial mención el detallado trabajo del célebre antropólogo alemán Dr. RODOLFO MARTIN.

En varias publicaciones sigue circulando la suposición errónea de que el pastor anglicano Rev. Thomas BRIDGES haya redactado un vocabulario muy extenso del idioma alacaluf; el que estaría todavía en manuscrito. Mis averiguaciones acerca de esto me ponen en situación de poder afirmar que el nombrado misionero nunca jamás compuso una obra de esta índole, ya que apenas tuvo contacto pasajero con estos indígenas.

Sólo desde el momento en que los misioneros salesianos entraron en contacto inmediato con los Alacalufes, en la Isla Dawson, persiguiendo el noble fin de proporcionarles los beneficios de una civilización verdaderamente cristiana, empezaron a llegarnos noticias fidedignas y más amplias acerca de sus caracteres étnicos. Cerróse la mencionada Misión salesiana de la Isla Dawson el año 1912, si mal no recuerdo. Pero el número de estos indios se había reducido notablemente y con una rapidez asombrosa, durante los últimos decenios, a medida que iban teniendo más roce y un contacto casi continuo con los civilizados que se dedicaban a la caza de lobos y nutrias en los canales patagónicos.

Son demasiado conocidos los factores que han actuado en la disminución de esta raza fuerte y fornida, la que, durante miles y miles de años, se había adaptado al clima inhospitalario y crudo de la región lluviosa de aquellos canales, arreglándose con inteligencia para poder procurarse, con medianos esfuerzos, los medios de subsistencia, que esa su patria les puede proporcionar, viviendo en una felicidad que a ellos les satisfacía suficientemente. Pero, los civilizados llevaron a ese pueblo la ruina desastrosa. De los miles de indios, que cruzaban antes en frágiles canoas la infinidad de los canales de la Patagonia occidental, de esos miles llevan hoy en día una existencia miserable, insegura y poco tranquila, únicamente unos 250 sobrevivientes.

La situación de ellos no es para ser envidiada; pues, indefensos, se ven entregados a la explotación y a los criminales abusos de ciertos blancos desalmados. Yo, personalmente, tuve sobrada oportunidad de imponerme, durante mi estada de más de cuatro meses en esas regiones, de muchos desórdenes, injusticias, crímenes, etc., que son perpetrados por individuos llamados "cristianos", quienes se saben muy lejos de las autoridades y del brazo de la justicia criminal. Ellos saben muy bien, además, que nadie podrá darles caza en los laberintos de tantísimos canales intrincados; pues, realmente constituyen esos escondites una verdadera guarida de ladrones, bandidos y sujetos de pésimos antecedentes, que ahí se han refugiado, o escapado de la justicia o huyendo de una vida normal y bien ordenada.

Semejantes individuos ejercen sobre los indios un verdadero terrorismo: viven a expensas de ellos, les inducen e incitan a robos y asaltos; cometen asesinatos y otros crímenes, y saben desempeñar su papel con tanta habilidad que, a raíz de cualquier acontecimiento delictuoso, todo el mundo culpa únicamente a los indios; con manifiesta injusticia, por supuesto,

No me parece superfluo anotar algunos nombres de estos explotadores. Un tal Demófilo Guajardo, de unos 60 años de edad, vive todavía en esas regiones desde hace más de 30 años. Actualmente están en su poder dos mujeres jóvenes; antes ya había tenido relaciones con las demás indias, durante una época más o menos larga. Ese individuo es un desertor de la Armada Nacional. No hace mucho, Guajardo asaltó una goleta de la propiedad de un tal Vicente Arteaga; pocos años atrás obligó a los indios a asaltar la estancia Ancón sin salida; me consta que los indios se negaban a secundarle en ese delito; pero Guajardo los obligó amenazándoles con su revólver; y él repartió personalmente el botín, llevándose la mayor parte de todo.

Nuestras autoridades han dado órdenes en repetidas ocasiones, de aprehender a ese peligroso individuo; pero éste sabe muy bien evadir toda persecución; pues, cuando un escampavía viene a la vista, las dos mujeres deben seguir bogando ligero hacia la playa, tapan en seguida el bote con ramas, y todos se esconden en el monte hasta que el barco haya pasado. Cualquiera puede imaginarse la situación de esas desgraciadas indias, entregadas sin recursos a la voluntad de un criminal de semejantes antecedentes.

Hay varios otros individuos más que se han hecho reos de los más repugnantes delitos contra los indefensos indígenas. Mencionaremos, en primer término, a un bandido conocido con el apodo de "pelado" Acuña, que logró nuevamente trasladarse a esas regiones, donde él había cometido antes ya varios delitos, burlando la vigilancia de la justicia. El es un bandolero bastante conocido, por sus muchas fechorías y es una amenaza permanente tanto para los indios como para los civilizados.

Podríamos referir la historia delictuosa de un tal Juan Cárdenas, apodado de "nariz chueca"; un tal Antonio

Ovando y varios otros sujetos de pésimos antecedentes, que viven en esos canales a manera de indios; cada uno en su bote tripulado casi siempre por dos indias, las que deben hacer todos los trabajos, siendo consideradas como esclavas y recibiendo un maltrato inhumano.

Como se ha dicho ya, semejantes son los sujetos, llamados cristianos, que cometen toda clase de desórdenes, crímenes, abusos y delitos. La opinión pública, desconocedora de los antecedentes anteriormente expuestos, se ha acostumbrado a hacer responsables a los indios de todos los actos delictuosos que se cometen en esas regiones.

Y, sin embargo, el indio es de un carácter suave y tranquilo, humilde y sencillo. Antiguamente han regido entre ellos los principios de una moral severa y muy buena; la vida y las relaciones mutuas estaban bien ordenadas, cada uno respetaba el honor, la propiedad y la vida del otro. Pero, desde que los indios, desgraciadamente, entraron en contacto con los europeos,—y está a la vista qué clase de individuos frecuentaban aquellos canales,— desde esa época empezaron a decaer las severas costumbres antiguas y relajóse la moral.

Enormes fueron los sacrificios y los trabajos de los misioneros salesianos en favor de los Alacalufes; pero, mientras sujetos corrompidos e individuos perversos podían seguir ejerciendo su perniciosa influencia sobre los indígenas, cualquiera obra benéfica de parte de abnegados apóstoles de la caridad cristiana y de parte de las autoridades correspondientes quedará frustrada indefectiblemente.

Más todavía, el indio sigue también hoy en día siendo víctima de la explotación de ciertos patrones de goletas que salen en caza de lobos y nutrias. En efecto, nadie podrá contradecirme si insisto en que desde Punta Arenas o desde Puerto Natales, esas embarcaciones llevan el número mínimo de tripulantes, pero muchos víveres y licores; y, estando

en los canales, siguen en busca de las canoas de los Alacalufes. Luego se les da a los indios y a las indias una buena cantidad de licor, de pésima calidad casi siempre. Una vez borrachos los indígenas, empiezan los desórdenes, y se les roba los cueros de nutrias; a otros indios se les obliga a seguir en la misma goleta hasta una piedra lobera; y mientras que los hombres se cansan en el trabajo pesado de matar lobos, la tripulación de la goleta se divierte con las indias.

No se necesita conocer todas las circunstancias para darse cuenta de que un cúter, solo con toda su escasa tripulación, no logra cazar nutrias; pues, el ruido del motor ahuyenta a los animales y éstos se esconden en las cuevas; pero la goleta no trae perros para poder sacar a esos animales de ahí. Para tener éxito, los patrones de goletas recurren a los indios, quienes van siempre adelante con sus perros, los que encuentran los rastros y agarran las nutrias. A los indios, que han trabajado semanas enteras a servicio forzado para los patrones de goletas, se les da, en recompensa, algunos víveres ya medio descompuestos, un poco de licor, o un pantalón roto. Sólo así los loberos pueden hacer su negocio con pingües utilidades,

Habiéndose dado cuenta ya los indios de la explotación desvergonzada de que son objeto de parte de loberos inescrupulosos, se esconden o se niegan a seguirles en sus cacerías. En tal caso, no hay ganancia para esos civilizados. Estas circunstancias y el número reducido de los indios actuales, han convencido a varios loberos ya, que la situación es otra ahora. Mientras que yo estuve en la región del Canal de Smith, tres patrones de goletas, independiente el uno del otro, manifestaron su resolución de no volver a salir en caza de nutrias y de lobos, porque "ya no puede hacerse negocio con los indios". Prueba convincente de lo mucho que a todos les han servido los indios anteriormente.

No quiero formular acusaciones contra cada uno de los loberos que hayan salido de Punta Arenas en caza de esos animales. Hasta cierto punto encuentro justificado el entrar en relaciones comerciales con esos indígenas; pero debo insistir en que muchos patrones de goletas han pisoteado en eso los principios de justicia, de honradez y rectitud, explotando al indio y cometiendo delitos vergonzosos.

Voy a referir un caso más. Mientras estuve en Puerto Ramírez, un tal Pascualín, italiano y patrón del cúter "Júpiter", al pasar por Puerto Gallant, invitó a una india a subir a bordo con el pretexto de darle una copita de "guachacay". Una vez en el cúter, no se le permitió desembarcar a esa mujer; la que tuvo que seguir con la tripulación hasta cerca del golfo de Peñas. Un poco más al Norte del Puerto Bueno, dos marineros del mismo cúter, al ver que una india joven se había alejado algo de su rancho, en busca de agua, la tomaron a viva fuerza y la llevaron a bordo, siguiendo viaje la embarcación en seguida. En Puerto Ramírez, la india logró bajar a tierra y huyó al monte escondiéndose para que nadie la obligara a seguir viaje con aquellos tripulantes.

¿No son semejantes abusos una acción criminal? Pero tales injusticias no llegan generalmente a conocimiento de las autoridades, lo que impide a éstas adoptar las medidas de represión del caso. Los diarios tampoco tienen noticias de estos hechos delictuosos; y así es que no se manifiesta la opinión pública en favor de los desamparados indígenas.

Por mi parte he censurado duramente el proceder injusto e inhumano de los referidos patrones de goletas; he reprochado en los términos más severos a esos individuos que desde largos años viven en aquellos canales, abusando de los indígenas, viviendo a expensas de ellos, y dándoles un ejemplo pésimo; me he opuesto con una energía poco común a los vejámenes de que los indefensos indios son víc-

timas de parte de algunos civilizados corrompidos; la justicia y la caridad cristiana me obligaron a ello. Claro que pronto coseché la ira y el odio de esos individuos a quienes tuve el valor de reprochar sus acciones delictuosas y de calificarlos como infames; aun estuve en peligro de perder la vida al defender a una india contra el cinismo de uno de estos perversos. Pero estoy seguro del agradecimiento de los ultrajados indios, y tengo, además, la dulce satisfacción de mantener mi conciencia tranquila.

Es también para mí un deber especialmente grato el dejar constancia de que nuestras altas autoridades del Territorio de Magallanes se han impuesto por mí detenidamente de la triste situación de esos indígenas, y tengo la convicción de que seguirán con mayor interés, velando por la seguridad y el bienestar de aquellos abandonados hijos legítimos del país.

Que también nuestro Supremo Gobierno no ha desentendido completamente su obligación de venir en ayuda de los fueguinos, lo atestigua el noble acto de haberme encargado el estudiar los medios de radicar y proteger eficazmente a esos indígenas e informar oportunamente al señor Gobernador del Territorio de Magallanes. Sigue a continuación el informe que con tal motivo me he permitido presentar:

Señor Gobernador:

Es para mí un deber muy grato presentar a esta Gobernación el informe sobre los medios de proteger y radicar a los indios de la Tierra del Fuego, en conformidad a lo dispuesto por el señor Ministro de Relaciones Exteriores, entonces don Luis Izquierdo, con fecha 20 de Enero de 1923 (L. S., Sec. Cn., N.º 4); a fin de que esta Gobernación se sirva transmitir dicho informe a ese Departamento.

1) En cuanto a los indios *Onas* que se encuentran en la Isla Grande de la Tierra del Fuego, el infrascrito considera a nuestro Supremo Gobierno ya libre de la obligación de intervenir en la protección de esta tribu, en cuanto que todos los sobrevivientes indios frecuentan, hoy en día, casi exclusivamente el Territorio argentino; pues, como es sabido, el Gobierno argentino reservó un lote de terreno suficientemente extenso, a orillas del lago Fagnano, para esos indios, donde ellos están seguros de atropellos de parte de civilizados, y donde pueden seguir viviendo con toda tranquilidad. También esta tribu, que hoy día queda formada por unos 270 individuos solamente, tiende a desaparecer dentro de poco tiempo.

2) En cuanto a los indios *Yaganes*, cuya patria la forman todos los canales e islas al Sur del Canal de Beagle, debo hacer recordar que hace más de 70 años, los pastores protestantes, enviados por The South American Missionary Society, han seguido civilizando a esta tribu, proporcionándole, a la vez, protección y seguridad contra los atropellos a que estaban expuestos. Abrióse esta misión en los alrededores de la actual ciudad de Ushuaia, con permiso previo de parte del Gobierno argentino.

Varias razones poderosas obligaron a esos misioneros ingleses a trasladar su sede a la región de Tekenika en la Isla Hoste, donde nuestro Supremo Gobierno les había hecho una concesión de terreno. Pero ahí tampoco podía seguir manteniéndose la residencia de los misioneros, y ellos se radicaron a orillas del río Douglas, en la Isla Navarino; pero, cuando unos años atrás, nuestro Supremo Gobierno acordó sacar en remate los terrenos del lado Oeste de la nombrada isla, cerróse también esa misión y The S. American Missionary Society abandonó definitivamente su campo de acción.

Esta medida adoptada por aquellos misioneros privó a

los indios de su protección y ayuda; también ellos se vieron obligados a abandonar los lugares de la sede de esa misión, y salieron en busca de otra residencia fija y segura para ellos.

Esta su tendencia no debe extrañarse; pues, aunque los Yaganes llevan la vida de pescadores nómades, se reúnen, sin embargo, dentro de ciertas épocas, en lugares adecuados donde, p. ej. guardan los objetos de su reducido ajuar y de propiedad personal, donde dejan sus pocos vacunos y overjas, fruto de sus trabajos realizados en estancias vecinas.

Desde hace pocos años, un lote de terreno al Norte de la Isla Navarino, entregado en concesión por el Sup. Gobierno a un tal Gajy, quedó desocupado, por cuanto el nombrado concesionario no consideraba suficientemente lucrativa la inversión de capitales y trabajos en un terreno tan ingrato. Por tal razón, los últimos sobrevivientes de la raza yagán se radicaron en este mismo terreno, precisamente en los alrededores del Puerto de Mejillones; aquí levantaron algunas viviendas sencillísimas, hicieron pequeñas siembras y cuidaron sus pocos animales. Los señores Lawrence Hnos. avocados en el nombrado lote de terreno, llevados por un alto espíritu filantrópico, seguían ejerciendo sobre aquellos indios cierta protección, ayudándoles en todos los apuros de su situación triste y lastimera.

Mientras que los señores Lawrence Hnos. seguían gozando de la concesión que les fué otorgada al lado del lote de Gajy, y donde los indios se habían establecido, éstos llevaban ahí una vida tranquila, estaban muy cómodos y más o menos al cubierto de los atropellos de que se les quisiera hacer víctimas; prueba convincente de que allí se hallaban bastante bien.

Pero, en vista de las intenciones del Supremo Gobierno de poner en remate toda la Isla Navarino, los indios se verán forzados de retirarse de aquel lugar seguro, y ellos estarán otra vez en la situación mísera de no tener dónde levantar con seguridad sus humildes chozas.

Por tal razón, el infrascrito considera una obligación justiciera y urgentísima reservar este lote de terreno concedido antes al ya nombrado Gajy, para el usufructo exclusivo de los indios Yaganes, sin que sobre ellos cargue contribución alguna, y que quede en vigor esta concesión, mientras que vivan indios Yaganes. Y para que haya quien vigile por los derechos otorgados a esos indios, será conveniente encargar al señor Vicario Apostólico de Magallanes la inmediata supervigilancia y protección de ellos, con el encargo de representarles jurídicamente y ayudarles en todo otro sentido.

Hallándose estos indios completamente desamparados, esperan, por justicia, que se les conceda un lugar seguro, donde los últimos representantes del pueblo yagan puedan pasar con tranquilidad los pocos años que les quedan de existencia; pues, forman hoy día una población de unos setenta individuos solamente.

En un informe presentado con fecha 2 de Marzo de 1919, ya he hecho presente la urgencia de proceder al amparo de estos fueguinos, antes de que se extingan completamente.

Será título de legítimo orgullo ante la etnología y la moderna cultura el que el Gobierno de Chile atienda en sus postimerías a una raza de las más antiguas de este Continente.

3) Las condiciones de vida de los indios *Alacalufes* son peores todavía; por cuanto ellos no se han, hasta la fecha, familiarizado tanto con la civilización moderna; pero sí, han tenido contacto con individuos perversos y criminales, y han sido, además, objeto de la explotación más vergonzosa de parte de patrones de goletas y loberos, quienes frecuentan todo el año el infinito número de los canales comprendidos entre el Golfo de Peñas y la Península de Brecknock, la verdadera patria de nuestros *Alacalufes*.

Salta a la vista que en esos laberintos los indefensos indios han seguido siendo víctimas de la codicia y de la per-

versidad de cuantos blancos les han atropellado impunemente; pues, el proceder de tales individuos desalmados está lejos de la vigilancia de las autoridades estacionadas en Punta Arenas. A causa del roce frecuente con individuos de la dicha índole, los indios mismos han disminuído en número, de modo que ellos forman, hoy en día, una población de apenas 250 personas; además, ciertas enfermedades y costumbres se han introducido entre ellos, que corroen el nervio vital de su resistencia física. Así es que entre ellos se nota ya cierta disolución de sus serias costumbres antiguas, lo que ha contribuído a corromper, por parte, el carácter y la conciencia de un buen número de esos indios.

No es objeto de discusión insistir en que le corresponde al Supremo Gobierno el tomar inmediatamente las medidas adecuadas con el fin de librar a esos indígenas de los atropellos a que están expuestos sin recurso alguno, y de asegurar el bienestar y la civilización también de esos hijos del país. Pero, por otra parte, debe confiarse en la generosidad justiciera que el Supremo Gobierno ha manifestado en la protección y civilización de otros indígenas chilenos; por tal motivo, el que suscribe, se permite presentar a continuación las medidas que estime conveniente adoptar en favor de esos desamparados fueguinos.

Como una condición imprescindible para alcanzar el buen resultado de cualquier obra que se piense iniciar, considero la inmediata eliminación de varios sujetos sospechosos y peligrosísimos, que se habían refugiado a esos canales, y que constituyen una continua y terrible amenaza, tanto para los indios como para otro civilizado que menos defendido se halle. Me refiero a criminales y bandidos conocidos que ejercen impunes siempre y desde años atrás, un verdadero terrorismo entre los indígenas, a los cuales obligan al trabajo pesado, les roban cueros de nutria, les amenazan con ar-

mas de fuego, les pegan o matan, etc. Ellos mismos, por su parte, viven, cada uno, generalmente con dos indias, las que son tratadas peor que esclavas. Anoto aquí los nombres de Demófilo Guajardo, el "pelado" Acuña, el "nariz chueca" Juan Cárdenas, Antonio Ovando, etc. Mientras que esos sujetos siguen viviendo entre los indefensos indios, cometiendo impunemente toda clase de crímenes, ellos no podrán vivir jamás tranquilamente y la obra de la civilización de ellos peligrará siempre.

La autoridad marítima de Punta Arenas tendrá que nombrar guardián del depósito de carbón en Muñoz Gamero únicamente a una persona de completa confianza y concederle la autorización que estime conveniente, a fin de que ese mismo guardián intervenga en abusos o crímenes cometidos contra los indios de parte de loberos, pescadores, etc.; y con la obligación de atender los reclamos que los indios presenten y dar parte a las autoridades respectivas.

Del mismo modo deberán intervenir los comandantes de las escampavías, según los casos que se les presenten.

Siendo la región de la Península de Muñoz Gamero un centro favorito a donde los indios concurren muy a menudo, será de conveniencia suma que el Supremo Gobierno confíe a la Vicaría Apostólica de Magallanes la protección y civilización de esos fueguinos; para lo cual se le podrían entregar unas cinco cuabras de terreno a orillas de la bahía Muñoz Gamero.

Tal concesión que de ningún modo afectaría al erario nacional,—pues se trataría de unas cinco cuabras dentro de un terreno desfavorable a la industria ganadera, y por tal motivo completamente abandonado,—importaría para los indios un inmenso alivio, y contribuiría tanto a asegurar la vida tranquila para ellos, cuanto en retardar su extinción completa. Por otra parte, tal proceder a favor de esos indios lo reclama la justicia; además, deberían tomarse estas

medidas sin demora alguna, antes de que se acabe este pueblo, dejando mal puesto el nombre de Chile en la historia, por no haber atendido debidamente también a esos legítimos hijos y primeros pobladores del país.

Ojalá encuentren eco esas indicaciones en las altas esferas de nuestro Gobierno.

Es justicia.

Dios guarde a S. S. (Fdo). Martín Gusinde.—Jefe de Sección en el Museo de Etnología y Antropología de Santiago.

Punta Arenas, el 19 de Marzo de 1924.

Al señor Gobernador de Magallanes.

Resumiendo los resultados obtenidos en esta expedición a los Alacalufes puedo, con justa razón, manifestar mi completa satisfacción; y esto tanto más, cuanto que esos indígenas están ya por perder su idiosincrasia étnica; pues, no está lejos el día en que el último representante del pueblo americano más antiguo llegará a la tumba.

No sólo logré reunir muchos objetos de su cultura material, sino también importantes detalles más que revelan las peculiaridades de su sociología, psicología, de su religión y ética. Traigo también minuciosas mediciones antropológicas que reflejan los caracteres físicos, y también muchas fotografías de tipos bien formados. Del mismo modo como logré descubrir los tres diferentes dialectos del habla alacaluf, he determinado también la estructura gramatical de un idioma tan singular; finalmente, en cilindros de fonógrafo alcancé a imprimir los cantos y varias series de palabras, con los que quedará perpetuada la voz del indio alacaluf.

Réstame reiterar mis sinceros agradecimientos al Supremo Gobierno que por cuatro veces me encomendó la

honrosa comisión de estudio en que estoy empeñado durante los últimos años, y por haberme concedido esta vez, una ayuda financiera especial.

Gracias a nuestras dignas autoridades eclesiásticas, civil y marítima, las que durante mi larga permanencia en el Territorio de Magallanes me prestaron generosamente toda clase de ayuda y atenciones; en especial al señor comandante en jefe del Apostadero Naval, don A. Swett, al señor Gobernador Marítimo capitán don R. Muñoz, y a la digna oficialidad de nuestra Armada Nacional.

Mis agradecimientos muy especiales al Rvmo. señor Arzobispo de Santiago, don Crescente Errázuriz, el gran favorecedor de los estudios históricos en Chile, quien se dignó también esta vez a cubrir una gran parte de los gastos de tan larga expedición; también al Ilmo. señor Obispo, monseñor A. Aguilera, por las múltiples atenciones que me ha dispensado.

Es, además, un deber muy grato para mí, hacer pública mi gratitud a Ud., señor Director, por haberme otorgado la debida licencia para llevar a cabo estas investigaciones importantes de los fueguinos; y a tantos otros particulares cuyos nombres formarían una lista larga.

Del mismo modo quedo agradecido a las autoridades argentinas tanto de Punta Arenas como de aquellas partes de la República vecina, por donde hube de pasar en el desempeño de mi comisión.

Que todas aquellas generosas personas, que no es posible nombrarlas expresamente, gocen de la satisfacción de haber contribuido a la provechosa y feliz realización de una obra grande y de sumo interés para la historia y para el conocimiento del desarrollo de la cultura humana. Los representantes de la noble ciencia del hombre les quedarán particularmente agradecidos, por haber cooperado en esta

interesante investigación que me fué encomendada y que alcanzó un éxito completo.

Señor Director: Estoy al término de una empresa científica grande e importante. La investigación de las tres tribus fueguinas: Ona, Yagan y Alacaluf era un desideratum de la etnología moderna que la había seguido reclamando desde hace tiempo, en vista de que podría traernos mucha luz sobre los intrincados problemas relacionados con los comienzos de la cultura humana y el desenvolvimiento de los diversos pueblos que habitan el orbe entero. Es para mí una grata satisfacción y, a la vez, una recompensa más que suficiente, que los más prominentes representantes de la etnología moderna han recibido los resultados obtenidos en mis cuatro viajes, con sumo agrado y aun con cierta sorpresa, a causa de la trascendental influencia que ellos ejercerán sobre varios ramos del saber humano.

Me quedo conforme con haber servido, por medio de esta expedición, a la ciencia en general, y en especial al adelanto de los estudios históricos en Chile, en cuanto que he logrado sacar a la luz de la historia y salvar del olvido la idiosincrasia étnica, la somatología y el habla de los Onas, Yaganes y Alacalufes.

Ahora es llegado el momento de redactar pronto los manuscritos, ya que han sido descubiertas las mutuas influencias culturales entre las tribus fueguinas, y editar las tres monografías que nos den a conocer a estos indios tal como eran en sus caracteres originarios y que, además, reflejen los esfuerzos científicos de nuestro progresista país, realizados con el fin de salvarla para la ciencia la prehistoria de los aborígenes de Chile.

La Iglesia Católica y el Gobierno chileno no abandonarán, estamos seguros, a los desgraciados fueguinos en su actual situación triste y precaria; ambos contribuirán a fin de que también estos legítimos hijos del país puedan gozar de felicidad y tranquilidad durante los pocos años de existencia que les quedarán.

Santiago, el 10 de Abril de 1924.

MARTIN GUSINDE
Jefe de sección.